



04421

Donacion

# DEUDAS DE LA CONCIENCIA,

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

*Ego sum Dominus Deus tuus, fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios, in tertiam et quartam generationem eorum qui oderunt me.*

Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, zeloso, que visito la iniquidad de los padres, sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.

(Sagrada Biblia. Exodo, cap. XX, vers. 5.)

---

Representado por primera vez en Barcelona en el teatro del Circo barcelonés el día 26 de Julio de 1860, á beneficio de la Sra. Doña Matilde Díez, y en Madrid en el teatro del Príncipe el día 16 de Octubre del mismo año.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

16436

## REPARTO DE BARCELONA.

### PERSONAJES.

### ACTORES.

DOÑA ANA DE GUZMAN, 45 años.....	SRA. DOÑA MATILDE DIEZ.
DOÑA MARIA RUIZ DE ANDRADE, 26.....	CÁNDIDA DARDALLA.
JUAN DE LORENZANA, 24	DON MANUEL CATALINA.
DON LORENZO RUIZ DE ANDRADE, 60.....	ANTONIO MUNNÉ.
DON FÉLIX.....	JUAN CATALINA.
UN ALCALDE.....	JOSÉ GUERRERO.
LEBREL, alguacil.....	JOSÉ DARDALLA.
VALDIVIA, criado.....	N. N.
MARTA, dueña.....	SRA. MIRAMBEL.
MÓSTOLES, rodrigon...	N. N.
AGUADO, tabernero.....	N. N.
CARRANZA.....	N. N.
UN PASTOR.....	DON MANUEL DARDALLA.
UN CUADRILLERO.....	
UNA MUJER.....	
HOMBRE 1.º.....	
IDEM 2.º.....	
Damas, caballeros, pajes, hombres y mujeres del pueblo, cuadrilleros, alguaciles.	

Época: reinado de Carlos V.—1534.

Lugares de la acción.

PRIMER ACTO. Sotillo de Santana, cerca de Sevilla.

SEGUNDO ACTO. Quinta del Asistente de Sevilla, próxima á la ciudad.

TERCER ACTO. Un panteon, en un monte, á la entrada de Sierra-Morena, cerca de la villa de Cazalla.

## REPARTO DE MADRID.

### PERSONAJES.

### ACTORES

DOÑA MARIA.....	SRA. D. <sup>a</sup> TEODORA LAMADRID.
DOÑA ANA.....	ADELA ALVAREZ.
JUAN DE LORENZANA.	DON PEDRO DELGADO.
DON LORENZO.....	JOSÉ CALVO.
DON FELIX.....	MANUEL PASTRANA.
UN ALCALDE.....	JUAN CASAÑÉ.
AGUADO.....	MARIANO FERNANDEZ.
MARTA.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
LEBREL.....	DON JOSÉ ALISEDO.
UN PASTOR.....	PEDRO MONTAÑO.
VALDIVIA.....	JOAQUIN CABELLO.
MÓSTOLES.....	JOSÉ BULLON.
CARRANZA.....	EDUARDO MOLINA.
HOMBRE 1. <sup>o</sup> .....	ISIDRO MELGAREJO.
IDEM 2. <sup>o</sup> .....	MANUEL VERA.
UNA MUJER.....	N. N.
UN CUADRILLERO.....	N. N.

---

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galería son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

El sotillo de Santa Ana en Sevilla: á derecha é izquierda árboles: en segundo término el Guadalquivir: al fondo campo, que se pierde en lontananza: á la derecha del actor, en primer término, una ermita con puerta practicable, sobre tres gradas: á la derecha un ventorrillo, con emparrado encima de la puerta, y esta practicable: bajo el emparrado una mesa y sillas: en el centro de la escena una cruz de piedra sobre tres gradas, alumbrada por un farol. Es de noche y alumbra la luna.

### ESCENA PRIMERA.

HOMBRES y MUJERES del pueblo á la puerta del ventorrillo bebiendo, cantando y bailando.

(Cantan.) Eche vino á sus penas  
quien las tuviere,  
y busque unos amores  
de quince á veinte;  
que vino y moza  
son el mejor consuelo  
para quien llora.

### ESCENA II.

DICHOS, LEBREL, por la izquierda.

LEB.: Por el rey nuestro señor,  
que Dios guarde y que bien haya;

ANA. Harto, si: por mi desgracia.  
LEB. Habeis de saber, señora,  
que esta tarde fué á mi casa  
un maldecido embozado  
de negra y terrible facha,  
que me dijo con voz ronca  
aquestas breves palabras:  
«Vete esta noche á las once  
»al sotillo de Santa Ana,  
»echa la gente que hubiere,  
»quédate solo, y aguarda.  
»Si cumples, bien tendrás oro;  
»si no cumples, Dios te valga.»  
Dióme un empujon: la mano  
llevó al puño de la daga;  
miróme torvo: salióse,  
y ya tiene ucé contada  
la historia que aqui me trajo  
á echar esa gente brava,  
que si no es por vos, me coge  
y *velis nolis* me baña:  
que Dios os pague el favor  
que me habeis hecho, doña Ana.

ANA. Hicisteis mal: no lo hagais  
otra vez. Necesitaba  
veros.

LEB. ¿Para qué?

ANA. Esta tarde  
he recibido una carta  
de mi hijo.

LEB. ¿Y qué os escribe  
el buen Juan de Lorenzana?  
¿Cómo le vá en el Perú?

ANA. Le espero.

LEB. ¿Se vuelve á España!

LEB. Me dice que al mismo tiempo  
debe llegar que la carta.

ANA. Pues entonces ya está aqui.  
Hace mal: ¡que Dios le valga!  
Y decidme: ¿se ha venido  
el tal escrito sin alma?

ANA. ¡Alma llamais al dinero!

LEB. ¡Si!  
ANA. Tomad.  
LEB. ¡Una libranza!  
ANA. De cuatrocientos ducados:  
id á cobrarlos mañana.  
LEB. ¡Para darlos á los pobres!  
ANA. No necesito de nada  
sino de las oraciones  
de los pobres por mi alma.  
LEB. Harto habeis llorado.  
ANA. En balde,  
que un mar de llanto no basta  
para aplacar á los eielos  
que me castigan.  
LEB. Por santa  
os tiene Sevilla toda.  
ANA. Toda Sevilla se engaña.  
Y os dejo, ya que aguardais  
al sujeto que os encarga  
le espereis aqui. Adios, pues:  
venid á verme mañana.  
(Entra en la ermita.)

## ESCENA V.

LEBREL.

¡Magdalena arrepentida!  
Todas cuando se las pasa  
la juventud son asi:  
lloran, rezan, se atragantan,  
se desesperan: ¡y aquesta!  
madre de un tal hombre y... ¡santa!  
¡y no ha mucho que era diablo!  
¡Asi á la gente se engaña!  
Mas ¡calle! Surcando el rio  
hácia aqui viene una barca  
que á la ribera se arrima  
y frente al sotillo para.  
Dos hombres en ella vienen,  
y el uno á la orilla salta.  
¿Si será quien me ha citado

en el sotillo?

## ESCENA VI.

JUAN, CARRANZA, LEBREL.

JUAN.

Carranza,  
atento vete á esperar  
á que llegue, y en llegando,  
pues que la estoy aguardando,  
al punto venme á avisar.

(Se vá Carranza por la izquierda, y la barca desaparece.)

## ESCENA VII.

JUAN, LEBREL.

LEB.

¡Válgame el cielo! ¿qué oí?  
Mas no es él: sospecha vana,  
que á ser Juan de Lorenzana,  
no le esperara yo así.

JUAN.

¡Lebrel!

LEB.

Por ligero y listo  
así me llama la gente.

JUAN.

¿Estamos solos?

LEB.

Patente  
lo estais viendo.

JUAN.

¡Vive Cristo,  
que tiemblas!

LEB.

¡Ca! no señor:  
¡es que corre un vientecillo  
por la noche en el sotillo!...

JUAN.

Viene bien, que hace calor.  
En otros tiempos habia  
un hombre en Sevilla suelto,  
que á todo el mundo revuelto  
y amedrentado tenia.

LEB.

Pero el tal desapareció.

JUAN.

Es verdad: pero aparece  
de nuevo.

LEB.

Y... ¿qué se le ofrece?

JUAN. Lo que antes se le ofreció.  
¡Pagaba bien!

LEB. Cosa es llana.

JUAN. ¡Mataba!

LEB. También es cierto.

JUAN. ¿Quieres ser rico ó ser muerto?

LEB. Señor Juan de Lorenzana,  
si en otro tiempo os serví,  
si de todo os avisé,  
si á las rondas engañé  
y si jamás os vendí,  
como entonces, claro está,  
que os serviré á maravilla.

JUAN. ¿Qué acontece por Sevilla?

LEB. Nada nuevo hay por acá  
desque ucé desapareció;  
nadie mata ni atropella  
ni casada ni doncella:  
como el humo se perdió.  
Las rondas rondan asaz  
sin que nadie las inquiete,  
y si alguien mata á un pobrete  
le ahorcamos en santa paz.  
Pero habiendo vos venido,  
adios paz y adios contento:  
yo por las rondas lo siento.

JUAN. Vengo, Lebrél, convertido,  
y si pudiera borrar  
aquel mal tiempo pasado...

LEB. Lo que pasó está enterrado.

JUAN. Lo pueden desenterrar.  
Nadie me conoce aquí:  
tú solo puedes, Lebrél,  
venderme, siéndome infiel:  
si me vendes ¡ay de tí!  
Hoy la frente puedo alzar  
sin temor ante la ley,  
que soy alferez del rey  
y corsario de la mar:  
en tu silencio confío,  
que andar por Sevilla quiero  
como honrado y caballero.

LEB. Yo os juro el silencio mio.  
JUAN. Y basta, Lebrel, por hoy:  
mañana tal vez te pida  
un favor.

LEB. Con alma y vida.

JUAN. Véte y calla.

LEB. Vuestro soy.

(Se vá por la izquierda.)

## ESCENA VIII.

JUAN.

¡Solo al fin! Arde mi frente  
y mi corazon se agita:  
mi madre en aquella ermita  
tal vez me aguarda impaciente.  
Yo no sé por qué mi planta  
duda esa puerta en pasar:  
vengo mi madre á buscar,  
y el encontrarla me espanta.  
Y es fuerza, que de ella aguardo  
cuanto anhela el amor mio:  
no sé por qué desconfio,  
no sé por qué en verla tardo.  
La abandoné á su dolor,  
sin verla ciego partí,  
y es que tras la suerte fuí  
para alzarme hasta mi amor.  
Oro tengo; mas el hombre  
ignoro que me dió el ser:  
quiero su nombre saber,  
y vengo aqui por mi nombre.  
¡Ea, valor!... ¡si se irrita!...  
¡Es madre!... ¡me escuchará!...  
Pero una sombra... si... allá...  
en el fondo de la ermita  
se mueve, y en paso lento  
se aproxima silenciosa.  
Alumbra una luz medrosa  
su semblante macilento...  
Es mi madre... es ella... si...

apenas puedo alentar.  
Madre...

### ESCENA IX.

JUAN, DOÑA ANA, apareciendo en la puerta de la ermita, y descendiendo lentamente por la gradería.

ANA. No puedes entrar  
sino penitente aquí.  
¿Qué me quieres?

JUAN. Yo... mi amor...

ANA. ¡Ah! ¡si, tu amor! ¡cuán extraños  
sus efectos! há tres años  
que apurando mi dolor,  
sin hijos, sin esperanza,  
lentamente allí muriendo,  
(Señalando á la ermita.)  
estoy el rayo temiendo  
de la celeste venganza.  
No sé por qué al verte aquí  
me estremezco, no lo sé.

JUAN. Nunca, madre, os olvidé;  
cuando pude os escribí;  
oro tuvisteis...

ANA. ¡Impio!  
¿qué bien fuera semejante  
al gozo de ver amante  
á mi lado al hijo mio?  
¿Cómo á una madre decir:  
ingrato os abandoné,  
mas no importa: os envié  
dinero con que vivir?  
¿Ni cómo escuchar con calma  
que á una madre la dan oro  
para que seque su lloro,  
para que alimente el alma?

JUAN. Madre, olvidais el cariño  
con que crecí á vuestro lado!

ANA. Es que el hombre me ha robado  
el cándido amor del niño.

JUAN. Nace el hombre para amar.

- ANA. Tambien para agradecer,  
y por tí he llegado á ser  
lo que no llegué á soñar.
- JUAN. Es cierto, mas hoy cual santa  
os miran y van tras vos:  
dicen todos que está Dios  
allí dó llevais la planta,  
y yo madre...
- ANA. ¿Qué eres tú?
- JUAN. El soldado mas bizarro  
que con Francisco Pizarro  
ha lidiado en el Perú.  
Á buscaros vine aquí,  
no quereis que os halle en vano.
- ANA. ¿Y has cruzado el Oceano  
tan solo por verme á mí?  
¿Comprendiste lo bastante  
que era ingrato, horrible, fiero,  
dar convertido en dinero  
tu amor á tu madre amante?  
¿Viniste á buscarme, di?
- JUAN. Por vos vine y por mi amor.
- ANA. ¡Amas!
- JUAN. Con todo el ardor  
del alma.
- ANA. ¿Á quién?
- JUAN. ¡Ay de mí!  
á una dama.
- ANA. Hiciste mal,  
si es cual dama honrada y pura.
- JUAN. La dió el cielo su hermosura  
y su encanto virginal.
- ANA. ¿Y ella?
- JUAN. Me adora.
- ANA. ¿Y no sabe?...
- JUAN. Hidalgo para ella he sido.
- ANA. Al amarla has cometido,  
Juan, tu delito mas grave.  
¿De tí qué puede esperar  
esa mujer desdichada?
- JUAN. Ser mi esposa idolatrada.
- ANA. ¿Y qué nombre le has de dar?

- JUAN. El nombre del padre mio  
que vos me direis.
- ANA. (Aterrada.) ¡Tu padre!  
¡su nombre!
- JUAN. Su nombre, madre,  
debe ser noble, lo fio.
- ANA. Juan, de una madre la historia  
es para un hijo sagrada.
- JUAN. Mi pasion desesperada  
anhela una ejecutoria,  
y vos la teneis.
- ANA. ¡Yo!
- JUAN. Vos.
- ANA. ¿Quién te ha dicho?...
- JUAN. En mí lo muestro,  
por mi padre ó por el vuestro  
soy hidalgo, ó por los dos.  
Perdonad mi anhelo impio.  
¿Quién fué mi padre?
- ANA. ¡Tu padre!  
¡Sin ser esposa fuí madre!  
¡Dios te perdone, hijo mio!
- JUAN. ¡Ah! decid quién es el hombre  
que os burló é iré á buscarle,  
á pedirle ó á arrancarle,  
si es necesario, un nombre!
- ANA. ¡Buscarle!
- JUAN. ¿Acaso murió?
- ANA. No he sabido de él qué fué  
y anhelante le busqué  
cuando vil me abandonó.  
¡Una prenda me robaba  
de mis entrañas, huia  
llevándose la hija mia,  
mientras con ella soñaba!
- JUAN. ¡Madre! ¡jamás he sabido  
que yo una hermana tuviera!
- ANA. És esta la vez primera  
que mi historia me has pedido:  
en tu juventud insana  
jamás inquiriste ansioso  
si fué tu padre mi esposo,

**JUAN.** ¿Y vive, decid, mi hermana?

**ANA.** ¡Ay! ¡lo ignoro! la perdí:  
una noche desperté  
y á mi lado no la hallé:  
dejé el lecho: revolví  
la casa, de terror yerta,  
y á tu padre no encontrando,  
á mi hija infeliz buscando,  
me hallé en la calle desierta:  
y contigo, aun no nacido,  
en mi seno desdichado,  
en busca fuí del malvado  
que mi desventura ha sido.  
No le hallé, y en mi agonía  
seguí buscándole fiera,  
cual la furiosa pantera  
á quien robaron su cria.  
Y en cada pueblo á do fuí  
una niña no encontré  
que anhelante no miré...  
¡y nunca á mi prenda ví!  
Despues... mi historia de horror  
comprende, y por qué esa historia  
ha guardado mi memoria  
sepultada en mi dolor.  
¡Mi nombre! Cuando se infama  
la nobleza desaparece,  
que ser noble no merece  
quien amancilla su fama:  
y pues yo la amancillé,  
aunque me exponga á enojarte,  
no tengo nombre que darte,  
y no he de dártelo á fé.

**JUAN.** Madre, mi desdicha impia  
mirad, mi suerte afanosa.

**ANA.** No puedes tener esposa.

**JUAN.** ¿No y la adoro, madre mia?

**ANA.** Juan, á la que honesta y dama  
es del mundo pura estrella,  
no te acerques, que tu huella  
allí do asienta allí infama.

**JUAN.** ¿Y en dónde el camino abierto

á la infamia hallé?

ANA.

¡Ay de mí!

JUAN.

Infame á la luz nací,  
á la virtud nací muerto.

ANA.

¡Juan!

JUAN.

Virtud no me pidais  
que vos no supisteis darme:  
ved, madre, que al acusarme,  
á vos misma os acusais...

ANA.

¡Ah, qué horror! Mas debe ser...  
no, no te puedo culpar...  
la madre debe pagar  
las deudas de la mujer:  
no debe tener buen hijo  
la que infame, la que odiosa  
abrió liviana la fosa  
del padre que la maldijo.

JUAN.

¡Madre!

ANA.

¡No tengo... hijos... yo!...

JUAN.

Vuestra faz empalidece,  
vuestra vista se oscurece.  
¡Madre! ¡No me escucha!... ¡Oh!!  
desmayada... ¡Madre mia!  
No la puedo abandonar  
en tal estado: si llega  
en tanto el ángel de paz  
por quien á Sevilla vengo...  
¡Ah! pero allí me abrirán:  
el oro todo lo allana.  
¡Ah de la casa!

## ESCENA X.

JUAN, DOÑA ANA, AGUADO, dentro.

AGUADO.

¡Quién vá?

JUAN.

Abrid á un hidalgo.

AGUADO.

Pase,  
que aqui duermen.

JUAN.

¡Voto á tal!

Abrid á un doblon de oro.

AGUADO.

Espere un poco, allá van.

- JUAN. Es que tengo prisa, y mucha.
- AGUADO. (Abriendo la puerta y saliendo.)  
¡Un soldado! ¡perdonad!
- JUAN. Ayudadme á socorrer  
á una mujer que allí está  
al pie de la cruz tendida.
- AGUADO. ¡Aventuras de san Juan!
- JUAN. Venid presto.
- AGUADO. ¡Oh qué desdicha!  
(Viendo á Doña Ana.)  
La penitente y mortal... (Examinándola.)  
La persigue la desgracia.  
¡Si al fin es madre de Juan,  
de un tal Juan de Lorenzana,  
de quien se canta un cantar!...
- JUAN. ¡Eh! ¿qué decis?
- AGUADO. Digo... pues...  
que todo le sale mal  
por las culpas de su hijo.  
¿Mas qué fué aquesto?
- JUAN. Al llegar  
la hallé asi...
- AGUADO. Pues, como dije,  
el hijo de esta fué tal  
que le han sacado cantares.
- JUAN. ¡Qué insoportable charlar!
- AGUADO. ¡Ayudadme! (Levantando á Doña Ana.)  
¡Si os ayudo!
- AGUADO. Mas me parece que ya  
vuelve en sí, ¡gracias á Dios!
- ANA. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¡Juan!...  
(Viendo á Juan.)  
(¡No está solo!) Aguado, gracias;  
gracias, señor.
- AGUADO. ¡Pesi á tal!  
Venid á mi casa, madre,  
mi mujer os cuidará  
y yo: os estimamos.
- ANA. Gracias.
- AGUADO. Hidalgo, con Dios quedad,  
y si os agrada el buen vino,  
yo le tengo principal.

**JUAN.** Si, pardiez... volved... espero.  
(Señora, con vos se vá  
mi alma entera.)

**ANA.** Que os proteja  
el Señor. (Váse.)

**AGUADO.** Vuelvo. Esperad,  
merece el vino la espera. (Váse.)

## ESCENA IX.

**JUAN.**

Si... si... ¡bien! quiero anegar  
en la embriaguez mis dolores;  
de mi vida los horrores  
quiero un momento olvidar.  
Maldito de Dios acaso  
todo mi afán lo atropella,  
y dejo la horrible huella  
del dolor tras de mi paso.  
Hoy un amor infinito  
mi abrasado pecho inflama,  
y de su fuego á la llama  
me causa horror el delito.  
Y tengo miedo ¡ay de mí!  
y no me atrevo á esperar  
que Dios quiera perdonar  
por lo que soy lo que fuí.

## ESCENA XII.

**JUAN, AGUADO,** saliendo de la casa con vino en un jarro y un  
cubilete en unabandeja.

**AGUADO.** Mi mujer, que es bachillera,  
me ha dicho, y yo lo aseguro,  
que la dolencia es ligera.  
Aqui está el vino, y es puro  
aunque es vino de ribera,  
que pese á mi nombre, Aguado,  
según lo que yo imagino,  
es un muy feo pecado

vender vino bautizado,  
que es al fin ni agua ni vino.

JUAN.

¡Hablador sois!

(Sentándose, llenando un cubilete y bebiendo: Aguado permanece de pié.)

AGUADO.

Es hablar

obligacion del vender.

JUAN.

¿Quereisme, pardiez, contar,  
lo que dice en el cantar  
del hijo de esa mujer?

AGUADO.

Es el cantar una historia  
muy breve y muy peregrina.

Yo me la sé de memoria:  
hay del tal en cada esquina  
de Sevilla ejecutoria.

JUAN.

¡Tan malo fué!

AGUADO.

Ni Cain.

JUAN.

¿Y no le ahorcaron?

AGUADO.

Fué vana

toda pesquisa: el ruin  
burló á todos.

JUAN.

Venga al fin

la historia de Lorenzana.

AGUADO.

Tristes padres le abortaron,  
que en mal hora le tuvieron;  
sus verdes años pasaron  
sin mirar de dó vinieron,  
sin mirar á dó pararon:  
de san Juan en la velada  
la noche al mediar nació,

(Empiezan á dar las doce en el reloj de la Giralda.  
Juan deja de beber y se quita el sombrero sorprendido y conmovido al escuchar la primera campanada.  
Cuando concluyen de dar las doce se cubre y continúa escuchando abatido á Aguado y sin beber mas.

y su madre acongojada,  
mirándose abandonada,  
á san Juan le encomendó.

Y Juan al niño pusieron  
cuando al niño bautizaron;  
sin apellido le vieron,  
y de sus padres tomaron

los nombres, y se le hicieron.  
Lorenzo de no sé qué  
fué el padre, y la madre Ana;  
con los dos nombres, á fé,  
el apellido hecho fué,  
y se llamó Lorenzana  
Triste pecho le crió,  
pan de llanto fué su pan,  
abandonado vivió,  
y para el crímen creció,  
sin miedo á los cielos, Juan.  
Era gallardo y gentil,  
y de quimera en quimera  
corriendo en su torpe abril,  
no hubo en Sevilla alguacil  
que á prenderle se atreviera,  
ni moza que le mirara  
que de amor triste tributo  
á su audacia no pagara,  
ni lugar en donde entrara  
sin dejarle llanto ó luto.  
Si en la noche tenebrosa  
hallaba la ronda un hombre  
muerto por mano alevosa,  
nunca preguntaba el nombre  
del causante de tal cosa.  
Y si la espada tirana  
el corazon le rompió,  
era diligencia vana  
preguntar quién le mató,  
que fué Juan de Lorenzana.  
Si una madre al despertar  
junto á sí su hija no viendo  
ansiosa la fué á buscar  
y no la pudo encontrar  
porque se fué su hija huyendo,  
y halló abierta la ventana,  
y marchita alguna flor  
perdida por la liviana,  
de aquel percance el autor  
era Juan de Lorenzana.  
Mas llegó feliz un dia

en que muertos no se hallaron  
durante la noche fría,  
ni á las madres la alegría  
de sus entrañas robaron,  
y mucho tiempo pasó:  
nadie á nadie riguroso  
entre tinieblas mató,  
ni de doncellas sonó  
ningun robo escandaloso.  
Y con tan nueva quietud  
Sevilla alegre y ufana,  
de un milagro por virtud,  
creyó dentro el ataud  
al terrible Lorenzana.  
Quién dijo se lo llevó  
el diablo: quién, si algun fiero  
con quien de noche topó,  
de los infiernos le abrió  
el camino con su acero:  
quién, no habiéndose encontrado  
su cadáver, creyó loco,  
que por el cielo llamado,  
de sus crímenes cansado  
y el mundo teniendo en poco,  
su mala vida á enmendar  
en el claustro se encerró;  
y alguno de buen pensar  
dijo: váyanle á buscar,  
que cuando mas se perdió,  
y bien puede suceder  
que de un día al otro día  
vuelva el lobo á aparecer:  
dos blancas apostaría  
á que se le vuelve á ver.  
En fin, Sevilla ganó  
con no saberse del mozo,  
que del todo se perdió,  
cual gota que al mar cayó,  
cual piedra arrojada á un pozo.  
Esa es la historia del tal  
que quedó sin concluir:  
tres años hará .. cabal...

que se fué, y hará muy mal  
si se le ocurre en venir:  
que hay un Asistente ahora  
que es capaz de echar el guante  
al lucero de la aurora:  
como entrecoja delante  
al tal mozo, le devora.

JUAN. (Volviendo de su abatimiento, y poniéndose de pié.)  
¿Con que el Asistente es tal  
y tan bravo?

AGUADO. Es un leon.

JUAN. Pues Dios le libre de mal,  
si cual hombre principal  
es hombre de corazon.  
Tomad por lo relatado,  
(Dándole dinero)  
que... mucho me ha divertido.

AGUADO. Quédoos, señor, obligado.

JUAN. Entrad y tener cerrado  
como la puerta el oido.  
Y la penitente...

AGUADO. Hablad.

JUAN. Cual si vuestra madre fuera,  
junto á su lecho velara.

AGUADO. Velaré la noche entera.

JUAN. Id con Dios.

AGUADO. Con él quedad. (Váse.)

### ESCENA XIII.

JUAN, CARRANZA, que ha aparecido poco antes por la izquierda.

JUAN. Á tiempo vienes, ¿qué hay?

CAR. El rodrigon y la dueña  
han venido y ahí estan.

## ESCENA XIV.

DICHOS, MARTA, MÓSTOLES por la izquierda del fondo.

- MOST.** Dios de su mano nos tenga  
y de este enredo nos saque.  
¡Si el Asistente se entera!
- MARTA.** Callad, Móstoles, por Cristo,  
que siempre pecáis de lengua.  
Dejadme á mí que yo soy  
doctoras en estas materias.  
¿Sois vos, señor, quien aguarda? (Á Juan.)
- JUAN.** Quien aguarda y se impacienta:  
hazte atrás, mi buen Carranza.
- MARTA.** Haced, Móstoles, afuera.
- JUAN.** Hablad, pues.
- MARTA.** Guárdeos el cielo:  
dejad, señor, que me ofrezca  
á vuestras plantas.
- JUAN.** Mercedes.  
(Me huele á bruja esta vieja.)
- MARTA.** Esta tarde recibió  
mi señora vuestra esquela:  
alegróse, lloró luego,  
cosas del amor son estas;  
quien bien ama tarde olvida,  
que contra amor no hay ausencias,  
y por fin...
- JUAN.** Al fin vengamos,  
que me acaba la impaciencia.  
¿Por qué no vino?
- MARTA.** ¡Ha venido!  
junto al sotillo se queda  
en el coche...
- JUAN.** Pues si vino,  
llevadme al momento á verla.
- MARTA.** ¡Móstoles!
- MOST.** ¡Señora Marta!
- MARTA.** Id cuanto podais apriesa:  
decid á doña Maria  
que aqui el hidalgo se encuentra



ESCENA XVII.

JUAN, DOÑA MARIA.

MARIA. ¡Juan! ¡mi Juan!

JUAN. Mi ensueño hermoso,  
mi dulce adorada prenda,  
al fin venzo en mi contienda  
contra el hado rigoroso.

MARIA. Te estoy viendo y me parece  
mentira, ensueño, locura.

JUAN. Descubre la frente pura  
que el negro manto oscurece.

MARIA. ¡Ay! que mi belleza fué  
agostada flor temprana:  
pasó como sombra vana,  
con mi llanto la quemé.

JUAN. ¡Oh incomparable ventura!  
¡Oh suerte á la fin piadosa!  
la dejé pura y hermosa  
y la encuentro hermosa y pura.

MARIA. Si... mas pálida aparece  
lenta fiebre en mi semblante.

JUAN. ¡Oh! bien haya la que amante  
por su amor empalidece,  
no es palidez, es fulgor  
el que tu rostro ilumina.

MARIA. Mi triste existencia mina  
agudo, intenso dolor.  
¡Tres años de tí apartada!  
¡tres años, oh Dios Clemente,  
fijas el alma y la mente  
en una dicha anhelada!

JUAN. ¡y tres años de recelos  
de dudas y de temores!  
¿Dudaste de mis amores?

MARIA. ¿Maria, tuviste celos?  
Es el amor receloso  
y de todo teme y duda.  
Cuando en la tormenta ruda  
el hondo mar proceloso

sus negras olas hinchaba,  
amenazando con ellas  
sumergir á las estrellas  
y en las rocas se estrellaba;  
yo entre las olas te via  
helado, pálido, muerto,  
y al horror mi pecho abierto  
de angustia y de afan moria.

Cuando en la noche serena,  
la mar tranquila, indolente,  
reflejaba blandamente  
la luna, de encanto llena;

- en esas horas de calma  
en que tierra, mar y cielo  
brindan un dulce consuelo  
inspirando amor al alma;  
cuando la brisa venia  
leve, fresca, vagorosa,  
y besaba silenciosa  
mi frente, que loca ardia,  
yo el espíritu doliente  
mares y espacios salvando,  
llevaba, tu amor buscando,  
al indiano continente,  
y le hallaba en mi temor  
celosa, tal vez insana,  
á las plantas de una indiana  
ofreciéndola mi amor.

**JUAN.** Siempre que á España un navio  
su vuelta nos anunciaba,  
yo una carta te enviaba  
bañada con llanto mio.

¿Cómo pudistes dudar?

**MARIA.** Cuando tu carta leia,  
porque el mar me la traia  
lloraba, de gozo, un mar.

Pero de penas no harta  
decíame en mi cuidado:

¡Cuatro meses han pasado  
desde que escribió la carta!

¿quién sabe si aun tiene vida?

¿quién sabe si la que envio

regada con llanto mío  
será una carta perdida?  
Que allá del mundo en el cabo  
de dura lid entre horrores,  
tal vez abrió á mis amores  
tumba helada el indio bravo.  
Era preciso no amarte  
para no temer perderte,  
como es precisa la muerte  
para que llegue á olvidarte.

JUAN.

¡Oh! ¡cuánto amor! ¡cuán dichoso  
yo, que su encanto respiro,  
y que solo amante aspiro  
á apellidarme tu esposo!

MARIA.

Pues me dejó Dios venir  
deja que mi dicha aguarde.  
No, Juan, has llegado tarde,  
vienes á verme morir.

JUAN.

¡No por Dios! serás mi esposa:  
oro traigo, y tanto á fé,  
que á tu padre obligaré  
por rico á hacerte dichosa.

MARIA.

Ni al oro su frente humilla,  
ni á ceder se persuade  
don Lorenzo Ruiz de Andrade,  
Asistente de Sevilla.  
Cuando su palabra dá  
su palabra ha de cumplir,  
y aunque me vea morir  
palabras no torcerá.

JUAN.

¿Y de tí palabra dió?

MARIA.

¡Responde á mi afan, Maria!  
Si, Juan, por desdicha mia...  
á un hombre me prometió.

JUAN.

¡Tú á un hombre ofrecida!

MARIA.

Si.

JUAN.

¡Dios terrible! ¡un hombre ha osado  
amar á la que he entregado  
el alma que á Dios debí!

MARIA.

¡Juan!

JUAN.

El que se atreve á amarte  
se atreve á arrostrar la muerte,

que por Dios no he de perderte,  
Maria, sin disputarte.

MARIA. Harto defiende tu amor  
la que te adora rendida.  
Esa boda maldecida  
no será: me causa horror.

JUAN. Pero hay un medio.

MARIA. ¿Cuál? ¡Dí!

JUAN. Pues tu padre tu quebranto  
desoye y causa tu llanto,  
huyamos, mi amor, de aquí.

MARIA. ¡Dejar á mi padre anciano,  
deshonrado, envilecido!

JUAN. Tu padre se ha convertido  
en un odioso tirano.  
No hay mas padre que su amor  
para quien amante adora.

MARIA. Viniste, Juan, en mal hora  
para aumentar mi dolor.

JUAN. ¡Maria!

MARIA. Quien mancillar  
pretende á una dama honrada,  
ó la juzga mancillada  
ó no la sabe estimar.

Quiero ver en tí el amor  
que arde puro en limpia llama;  
amor que al amor infama  
me repugna, me dá horror.

El alma entera te dí;  
y pues tan entera es tuya,  
no quieras, mi amor, que huya  
amedrentada de tí.

JUAN. ¡Ah! ¡perdona! En mi delirio (Con sarcasmo.)  
tu santo amor he injuriado  
cuando fiero me has mostrado  
de nuestro amor el martirio.

MARIA. No; no hay martirio en amar  
con un amor infinito,  
que sin llegar al delito  
puede á la dicha llegar.

JUAN. ¡Bien! tu noble valentia  
para sufrir me dá aliento:

apuremos el tormento  
de esos amores, Maria.  
Mas si cedes al temor  
de tu padre, si á otro das  
tu fé...

MARIA.

Delirando estás  
cuando dudas de mi amor.

JUAN.

En mi ciego frenesí,  
si esto sucede, haré tanto  
que al infierno podré espanto.

MARIA.

Adios, que no estás en tí:  
tú nuestro destino mides,  
y pues sin alma me quedo,  
que quitártela no puedo...  
¡Juan, de mi amor no te olvides!  
¡Marta!

JUAN.

¡Te vas!

MARIA.

Si, me voy.

### ESCENA XVIII.

DICHOS, MARTA, saliendo de la ermita: detrás MÓSTOLES.

MARTA.

¡Señora!

MARIA.

El coche al momento.

MARTA.

Id, Móstoles, como el viento.

MÓST.

Pesadillo viento soy.

(Váse por la izquierda.)

### ESCENA XIX.

DICHOS, menos MÓSTOLES.

JUAN.

Maria, á mis esperanzas  
cortas el potente vuelo,  
y de la cumbre del cielo  
en un abismo me lanzas:  
oye por última vez,  
por si á vernos no volvemos.

## ESCENA XX.

DICHOS, MÓSTOLES, entrando apresuradamente por la izquierda.

MÓST. Solo un momento tenemos.

MARIA. ¿Pues qué sucede?

MÓST. ¡Pardiez!

Don Felix, el pretendiente  
que desdeñado os adora,  
hacia aquí viene, señora,

## ESCENA XXI.

DICHOS, LEBREL, por la izquierda.

LEB. ¡Señor Juan! ¡el Asistente!

MARIA. ¡Ay de mí, que soy perdida!

JUAN. ¡Me dejas desesperado!

MARIA. Mi dulce ensueño adorado  
acabará con mi vida.

(Váse por la izquierda: Marta y Móstoles con ella.)

## ESCENA XXII.

JUAN, LEBREL.

JUAN. ¿Qué es esto?

LEB. El maldito coche

le ha visto quien no debiera.

Ganad pronto la ribera,

porque pinta mala noche.

En el barco os amparad:

mirad que es el Asistente

hombre atroz: se acerca gente,

yo me escapo: adios quedad.

(Váse por la derecha.)

## ESCENA XXIII.

JUAN, D. FELIX, por la izquierda, que adelanta lentamente  
hacia Juan.

- JUAN. ¡Ay mi esperanza perdida!  
¡ay mi amor desventurado!  
¡Mi dulce ensueño adorado  
acabará con mi vida!  
¿Qué me ha querido decir?  
¿Qué puedo de esto esperar?
- FEL. ¿Se os puede un momento hablar?
- JUAN. Decid si se os quiere oír,  
que en cuanto á hablar ya podeis  
estar hablando á destajo:  
para vos será el trabajo.
- FEL. Por dicha, ¿me conocéis?
- JUAN. ¡Yo! ¡pregunta impertinente!  
Idos, ó pasad de aquí.
- FEL. El coche que cerca vi,  
decidme, ¿es del Asistente?
- JUAN. Ó sois necio, ó estais loco.
- FEL. Aquí con doña Maria  
hablabais.
- JUAN. Pues no sabia  
su nombre: hablamos tan poco...
- FEL. Pues mucho os ha de costar,  
que no debió ser honrado  
lo que habeis con ella hablado  
en tan oscuro lugar,
- JUAN. Si á su decoro ó al mio  
os atreveis, y me enojo,  
viven los cielos, os cojo,  
don Fulan, y os echo al río.
- FEL. ¡A mí vos! ¡el hierro fuera!  
(Desnuda la espada.)

## ESCENA XXIV.

DICHOS, el ASISTENTE, una ronda por la izquierda.

- ASIST. ¡Ténganse al rey!
- JUAN. El que necio  
y descortés se propasa  
téngase, que bien me tengo.
- ASIST. ¡Don Felix, vos contra un hombre  
que no desnudó el acero,  
con el acero desnudo!  
Decid: ¿qué viene á ser esto?
- FEL. Por mi amor, por vuestra honra,  
su sangre beber deseo.
- ASIST. ¡Por mi honor!
- FEL. Con vuestra hija  
aqui se hallaba ha un momento.
- ASIST. ¡Dios me valga! ¡Afuera todos!  
¡afuera! ¡lejos! ¡muy lejos!  
(La ronda se retira por la izquierda.)  
Y vos, don Felix, tambien  
idos de aqui, yo os lo ordeno.  
(Váse D. Felix por la izquierda.)

## ESCENA XXV.

JUAN, el ASISTENTE.

- ASIST. Para castigar tu audacia  
(Llegando á la cruz y dejando la vara de justicia  
junto á ella.)  
aqui al Asistente dejo,  
que en asuntos que son míos  
me basto yo... ¡vive el cielo!
- JUAN. (Descubriéndose y con acento respetuoso.)  
Recobrad, señor, la vara:  
dejad en paz el acero:  
justicia de vos aguardo,  
y con vos reñir no puedo:  
sois anciano y sois... su padre.

ASIST. ¡Y me despreciais por viejo!

JUAN. Muy mal su desprecio indica  
quien os habla descubierta.

ASIST. Con mi honor habeis jugado,  
y pues que delante os tengo,  
en vuestra mano la espada  
quiero mirar, no el sombrero.  
¡Ea! abreviad de razones,  
y reñid!

JUAN. Con vos no puedo.

ASIST. ¡Pero ofenderme pudisteis!

JUAN. Amándola no os ofendo.

ASIST. Amores que son honrados,  
no han menester del misterio.

JUAN. Os obstináis en casarla.

ASIST. Su padre soy.

JUAN. Bien lo advierto,  
por eso su mano os pido.

ASIST. Y yo, por eso, os la niego.

JUAN. Es mayor de edad.

ASIST. No importa.

JUAN. Las leyes...

ASIST. Hablar de pleitos  
no corresponde á un soldado.

JUAN. Ni á un alcalde hablar de duelos.

ASIST. El alcalde empuña espada.

JUAN. Tiene el soldado derechos.

ASIST. Lo que teneis ¡vive Cristo!  
es... lengua insolente y... miedo!

JUAN. ¡Miedo!!

(Dominándose instantáneamente, y dejando la empuñadura de la espada, á la que ha echado mano.)

¡Si! ¡de no lograrla!

y... en fin... señor... terminemos!

que con vos no he de reñir

harto claro lo estais viendo:

que podeis herirme á salvo,

probadlo y vereis que es cierto:

que si me negais mi dicha,

la buscaré, os lo prometo.

Si vos sois padre, yo amante:

si vos sois tenaz, yo terco:  
si sois valiente, yo soy  
temerario en mis empeños.  
La lealtad con vos me sobra:  
pues podeis ponerme preso,  
prendedme y vivid en paz  
mientras me guarde un encierro.  
Por el amor de Maria  
de todo capaz me creo,  
y cuidado que no os la robe.  
si libre de vos me alejo.

ASIST. ¡Me amenazais!

JUAN. No amenazo,  
señor, sino que os advierto.

ASIST. Pues que tanto confiais  
en vuestro soñado esfuerzo,  
mientras que caso á Maria  
ni riño con vos... ni os prendo.

(Envaina la espada y toma la vara, que ha dejado  
junto á la cruz.)

JUAN. (Cubriéndose.)  
Pues bien, señor Asistente,  
me convido al casamiento.

ASIST. ¡Mirad que ha de ser mañana!

JUAN. ¡Iré!

ASIST. ¡Pues bien: ¡os espero!

JUAN. ¡Asistente de Sevilla, id en paz!

ASIST. ¡Guárdeos el cielo!

(Váse por la izquierda.)

## ESCENA XXVI.

JUAN, poco despues CARRANZA.

JUAN. ¡Carranza!

CAR. (Saliendo por entre los árboles de la derecha.)

¡Señor!

JUAN. ¡El bote

en la ribera al momento!

(Carranza toca un silbato y aparece el bote.)

Estoy la verdad tocando

y me parece que sueño:  
antes que perder mi dicha  
á Sevilla pondré fuego,  
y por el horror del caso  
sabr  Sevilla que he vuelto.

(Se dirige al rio y entra en el bote.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

## ACTO SEGUNDO.

Habitacion baja en la quinta del Asistente de Sevilla: dos grandes puertas laterales: á la derecha una mesa con tapete blasonado, y junto á ella un sillón: en segundo término, de un costado á otro, una columnata: en tercer término jardin practicable. Es de noche: grandes arañas cargadas de bujias iluminan la escena.

### ESCENA PRIMERA.

VALDIVIA, LEBREL, con la linterna de ropda encendida, por la derecha de la galeria.

LEB. ¿Con que eso pasa, Valdivia?

VALD. Señor Lebrel, eso pasa:  
en la cárcel desde anoche  
estan Móstoles y Marta.

LEB. ¿Y por qué?

VALD. Nadie ha sabido  
de esta encerrona la causa.

LEB. ¿Ni se barrunta?

VALD. Tampoco.

LEB. Teneis las narices largas  
y debeis ser buen podenco.

VALD. Lebrel, en boca cerrada,

LEB. dice el refran, no entra mosca.

Hablemos en confianza:  
necesitais vomitivo  
y os le voy á dar de plata.

(Le dá dinero.)

VALD. ¿Y esto por qué?

LEB. Porque hableis.

VALD. ¿Interesa?

LEB. Cuando os pagan  
no está turbio, sino claro,  
que se os compran las palabras.

VALD. Habeis de saber, Lebrel,  
que anoche á la madrugada  
hubo ruidos.

LEB. ¿Ruidos hubo?

VALD. Y aun tormenta.

LEB. ¡Dios nos valga!

VALD. Lloraba doña Maria  
y el Asistente bramaba:  
hubo aquello de:— ¡Jamás!  
¡primero la muertel...— ¡Calla,  
ó haré un ejemplo contigo!

Don Felix será mañana  
tu esposo.— ¡Muerta primero!—

Y asi se pasaron largas  
dos horas, rugiendo el uno,  
anegada la otra en lágrimas.

Mas como todo en el mundo  
tiene fin, la tal borrasca  
pasó y estamos de boda.

Ya veis las mil luminarias  
que el suceso solemnizan  
en camarines y cámaras,  
en retretes y crujias,  
en pasillos y antesalas.

Hecho el novio una ascua de oro,  
con el Asistente aguarda  
á que la novia se vista  
del desposorio las galas.

Los convidados acuden,  
los refrescos se preparan,  
y para el noble sarao

limpian, templan y asonantan  
los cantores los gaznates,  
los músicos las guitarras.

¡Vá á ser mucha boda, mucha!

Digna de tan noble casa.

LEB. Me habeis dejado encogido,  
Valdivia, como una araña  
en diciembre: semimuerto,  
atortolado y sin alma.

¡Casarse doña Maria!

VALD. ¿Y á vos qué?

LEB. ¡Vá á haber desgracias!

VALD. Me poneis en confusiones.

LEB. ¡Triste de vos si se casa!

VALD. Pero, señor, ¿yo qué tengo?...

LEB. Como yo, teneis espaldas.

VALD. ¿Y á mí qué?...

LEB. Rogad por ellas  
si no entregais esta carta  
al punto á doña Maria.

VALD. Señor Lebrel, por las ánimas  
benditas del purgatorio,  
que no entiendo una palabra  
de lo que me estais diciendo.

LEB. Esta epístola entregada  
ha de ser por vos, ó tiemble.  
Echad, pues, el pecho al agua,  
porque aunque os llamais Valdivia,  
de balde no os piden nada.

VALD. Señor Lebrel, no me atrevo,  
que por quita allá esas pajas,  
el Asistente me rompe  
la justicia en las espaldas.  
Segun el genio que tiene  
le amamantaron las arpías.

LEB. Querreis decir las arpías.

VALD. Yo no entiendo de gramáticas.

LEB. Yo si, que he sido lacayo  
de un doctor en Salamanca.  
Tomad.

VALD. ¿Qué es ello?

LEB. Una bolsa.

VALD. ¡Tentacion endemoniada!

LEB. Acabad, que tengo prisa.

VALD. La bolsa venga.

LEB. Y la carta.

¿Con que si?

VALD. Si.

LEB. Habeis obrado

como quien sois: muchas gracias,  
me voy en vos confiando.

VALD. Descuidad, que no habrá falta.

(Váse Lebrel por la derecha de la galeria )

## ESCENA II.

DOÑA MARIA, cuatro doncellas por la puerta de la derecha,  
VALDIVIA.

MAR. (Á las doncellas.)  
Podeis iros: un momento  
quiero réspirar el aura  
de la noche sola y libre.

(Vánse las doncellas por la izquierda de la galeria. Á  
Valdivia.)

¿Y vos?

VALD. La ocasion llegada,  
desenvaino, embisto y sea  
lo que Dios quiera.

(Mostrando á Doña Maria la carta que le ha dado Le-  
brel.)

MARIA. ¡Una carta!

VALD. Si señora.

MARIA. ¿De quién es? (Tomándola.)

VALD. No lo sé.

MAR. (Mirando el sobrescrito.)

(¡Dios de mi alma!

¡de Juan!) Idos.

(Váse Valdivia por la izquierda de la galeria.)

### ESCENA III.

DOÑA MARIA.

¡Él me escribe!

¡Y en esta ocasion! el ansia  
que siento, ver no me deja  
de este escrito las palabras!

(Lee.) «Vertiendo llanto á raudales,  
»que doliente el alma lanza;

»anegada su esperanza

»bajo el rigor de sus males;

»apurando la agonía

»horrible que le devora,

»el infeliz que te adora

»su pensamiento te envía.

»Dicen que á casarte vas,

»y no lo quiero creer:

»lo que siento debe ser

»un sueño de Satanás.

»Solo vivo para tí,

»y he de morir si te pierdo:

»por tí me dejo el recuerdo

»horrible de lo que fui.

»No me vuelva tu rigor

»á mi pasada amargura:

»ciego estoy por tu hermosura

»y mi virtud es tu amor.»

(Besando conmovida el papel.)

¡Oh! ¡jamás el alma mía

á tu amor será traidora!

¡Ah! ¡Don Felix!

(Viendo á D. Felix, que ha aparecido cuatro versos  
antes por la derecha de la galeria.)

### ESCENA IV.

DOÑA MARIA, D. FELIX.

FEL.

En mal hora  
vine á buscaros, Maria.

¡Besais llorando un papel  
que yo triste no escribí!

MARIA. (Con altivez, mostrándole la carta.)  
De lo que encontráis en mí  
buscad la razón en él.

FEL. ¡Oh! ¡apartad! ¡tanta fiereza  
con un amor tan rendido!  
Á buscaros he venido  
á impulsos de mi nobleza,  
y necesito, Maria,  
romper para vos el velo  
que sepulta en negro duelo  
la desdichada alma mía.

MARIA. Perdonad: sola con vos,  
don Felix, no debo estar.

FEL. Dejadme con vos hablar,  
señora, en nombre de Dios.  
Triste, llorosa, apenada,  
en vos mi pasión ardiente  
vé la víctima doliente,  
no la amante desposada.

MARIA. ¿Y qué os importa? El rigor  
de mi padre aprovechais,  
y alcanzar por él pensais  
lo que os defiende mi amor!

FEL. Que no me habeis comprendido  
me mostrais al fin, señora.  
No soy yo quien á esta hora  
de dolor os ha traído.  
Si desde el punto en que os ví  
ciego de amores quedé,  
ni á tanto llegar pensé  
ni enamorada os creí.  
Esperaba que mi amor,  
siempre rendido y constante,  
de ese pecho de diamante  
venciera al fin el rigor.

Pero vuestro padre quiso  
que hoy nuestra boda se hiciera,  
y á su demanda severa  
doblé la frente sumiso.

MARIA. Pero yo no la doblé;

yo el mandato resistí,  
y le resisto, aunque así  
engalanar me dejé.

FEL. ¿Por qué resistir insana  
á vuestro padre, señora?  
Dejad á quien os adora  
que os salve; dejad que vana  
la ceremonia nupcial  
se celebre, que yo os juro  
respetar el amor puro  
que alimentais por mi mal.

MARIA. Lo que me quereis decir  
no me atrevo á suponer:  
me parece comprender...

FEL. Pretendo por vos morir!

MARIA. ¡Don Felix!

FEL. Quien de su suerte  
vencer no puede el rigor,  
en campaña con honor  
halla por do quier la muerte.  
Iré á Italia, y tal haré,  
que allí me habrán de matar.  
Vos libre podreis amar:  
muerto yo, descansaré.

MARIA. ¡Ah! ¡tanto amor en mal hora  
habeis sentido por mí!  
Vos desesperado así;  
él creyéndome traidora;  
yo decidida á luchar;  
mi padre obstinado y fiero...

FEL. Amante salvaros quiero  
y vos no os quereis salvar.

MARIA. ¡Imposible! yo no vendo  
ni aun en sueños mi fé pura,  
ni he de causar la amargura  
de quien adoro, mintiendo.  
Yo apelo á vuestra pasión.  
Al verme en ajetos lazos  
¿no se os hiciera pedazos  
el herido corazón?

FEL. ¡Oh! ¡callad!

MARIA. Ved la insensata

carta que su amor me envia,  
creyéndome en su agonía  
á sus amores ingrata.

FEL.

Dadme, aunque horrible valor  
para tanto necesito. (Lee para sí.)  
¡Cielos! ¿á quien esto ha escrito  
consagrais tan noble amor?  
¿por tan miserable hombre  
todo lo arrostrais insana?  
¡firma Juan de Lorenzana!

MARIA.

FEL.

¡Si por Dios! ¡ese es su nombre!  
Tres años ha que os amó  
segun dice.

MARIA.

Si, le vi

tres años hace, y perdí  
el alma que me robó.

FEL.

MARIA.

FEL.

¡Era su oficio burlar!  
¡Qué decis!

¡Por vida mia!

¡y aun otro oficio tenia!

MARIA.

FEL.

¡Ah, no, imposible!

¡Matar!

Es una historia maldita  
que el vulgo tiene en memoria,  
una infame horrible historia  
en cien romances escrita.

MARIA.

¡El tal hombre!... ¡tal fiereza!...  
pero... aguardad... ¡sí! sombrío  
me hablaba de su hado impio,  
le irritaba su pobreza.

Tal vez un funesto error...

entregadme esa escritura.

(Leyendo la carta que la devuelve D. Felix.)

Aqui dice: «mi amargura  
»pasada.» Aqui... ¡Sí! ¡el amor  
me cegaba! no veia

mas que al encendido amante!

¡Mi razon en este instante

alumbra una luz sombría!

Aqui dice... ¡claro, sí!

¡al mirarlo el juicio pierdo!

«¡Por tí me dejó el recuerdo

»horrible de lo que fui!»  
¿Qué mas quiero averiguar?  
¿qué mas horror puedo ver,  
ni qué puedo ya temer,  
ni qué puedo ya esperar?

FEL.

¡Maria!

MARIA.

¡Y cobarde lloro,  
y dudo, y la verdad veo,  
y en su fé mentida creo,  
y, á mi despecho, le adoro!

FEL.

¡Oh, qué desdicha!

MARIA.

Tirana

fué conmigo la fortuna:  
sin madre quedé en la cuna,  
y fué mi vida temprana  
planta débil, combatida  
por el viento del dolor.

¿Qué crimen, Dios vengador,  
castigas así en mi vida?

Á la virtud adoré,  
en la ventura creí,  
en mis ensueños la ví,  
y al tocarla desperté.

FEL.

Venced el dolor insano  
que os atormenta, señora:  
quien desdichado os adora  
siempre será vuestro hermano.  
Tranquila en mí confiad;  
mas ved, vuestro padre llega;  
el llanto amargo que riega  
vuestras mejillas secad.

MARIA.

Venga mi padre en buen hora  
su voluntad á cumplir.

FEL.

Os juro que he de morir  
ú os de salvar, señora.

## ESCENA V.

DICHOS, el ASISTENTE, acompañamiento de Damas y Caballeros, pajes con hachas encendidas, flores, etc., por la izquierda de la galería.

ASIST. El día mas venturoso  
es aqueste de mi vida,  
amigos míos: contento  
doy noble esposo á mi hija,  
y ella su ventura exhala  
con lágrimas de alegría.  
Junto al ara el sacerdote  
nos espera en la capilla,  
con su bendición guardando  
á los esposos la dicha.  
(Maria, si una palabra (A Doña Maria.)  
pronuncias que contradiga  
mi voluntad ¡ay de vos!  
Seguidme, pues.)

MARIA. (¡Madre mia,  
ampárame desde el cielo!)  
(Entran todos por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VI.

DOÑA ANA, LEBREL, por la izquierda del jardín: se detienen en la parte media de la escena, desde donde Doña Ana no puede ver lo que sucede tras la puerta de la izquierda.

ANA. ¡Ay, Lebrel! ¡Si por desdicha  
habremos llegado tarde?

LEB. No he podido mas aprisa  
hacer el negocio. Ha habido  
resistencia: no queria  
el jardinero el postigo  
abrir; pero al fin, rendida  
su voluntad por el oro,  
aquí estan, señora mia,  
y vóime, que en estos sitios  
mi seguridad pelagra.

**ANA.** Un momento no he podido hallar á Juan, aunque el día he gastado en busca suya.

**LEB.** Yo sí, y me causaron grima su semblante de difunto y su mirada sombría.

**ANA.** ¿Podeis encontrarle?

**LEB.** Acaso.

**ANA.** Pues bien, buscadle, id aprisa!

Decidle que nada intente, que estoy yo aquí, decidida á estorbar el casamiento.

**LEB.** Se lo diré. (De este enigma no comprendo una palabra.)

(Á una señal de Doña Ana, Lebel se vá por la derecha del jardín.)

### ESCENA VII.

**DOÑA ANA**, baja á la escena, la examina y mira con interés á través de la puerta de la izquierda.

¡Un altar! ¡una capilla!  
¡á los pies de un sacerdote  
arrodillada Maria,  
y su mano en la de un hombre!  
¡No ha de ser mientras yo viva!  
¿Á qué espero?  
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

**MARIA.** (Dentro.) ¡No, jamás!

**ANA.** ¡Oh, gracias, bondad divina!  
¡Aun es libre!

### ESCENA VIII.

**DOÑA ANA**, **DOÑA MARIA**, precipitadamente por la puerta de la izquierda.

**MARIA.** (Amparándose de Doña Ana.)

¡Protegedme!

¡Amparadme!

**ANA.** Si, hija mia.

No temais.  
MARIA. ¡Ay Dios! ¡mi padre!

### ESCENA IX.

DICHAS, el ASISTENTE: tras él el acompañamiento.

ASIST. ¿Quién favorece á esa indigna?

ANA. ¡Yo!

ASIST. ¡Vos! ¡pretendeis, insana,  
ampararla?

ASIST. ¡Si, Asistente!

ASIST. ¡Salid!

ANA. (Con humildad y firmeza.)

Soy la penitente  
de la ermita de Santana.

(Rumor de respeto en el acompañamiento.)

ASIST. (Con respeto.)

¡Ah! ¡la penitente! ¡hablad!

ANA. Vuestra noble compañía  
poco solaz hallaría  
escuchándome: esperad.

(Al acompañamiento.)

Vosotros, señores, id,  
si quereis hallar placer  
donde le puedan tener:

aquí no existe: salid:  
salid, y vuestra hidalguia  
me perdone: harto lo siento.

(D. Felix y el acompañamiento se retiran, el primero  
por la izquierda del fondo con los pajes: los otros por  
la derecha.)

(Á Maria.) Volved á vuestro aposento  
y nada temais, Maria.

MARIA. ¡Señora, cuanta bondad!

ANA. ¡todo lo espero de vos!

ANA. Solo en la bondad de Dios  
y en su amparo confiad.

MARIA. Dios os lo pague.

ANA. Salid.

(Vá con ella hasta la puerta de la derecha, y despues  
de haber entrado Doña Maria, continúa mirando á

través de la puerta: un momento despues se vuelve al Asistente, que espera con ansiedad.)

## ESCENA X.

DOÑA ANA, el ASISTENTE.

ANA. Héme aqui, fuerte, animosa,  
arrancada de mi fosa  
contigo, Lorenzo, en lid.

ASIST. (Haciendo un movimiento como para arrojarse á los  
pies de Doña Ana.)  
¡Ah, no, perdonad!

ANA. (Impidiendo que se arrodille.)  
¡Levanta!  
¡Solo ante Dios la rodilla  
se dobla!

ASIST. (Dominándose.) ¡Os llama Sevilla  
por veneracion la santa!

ANA. Se engaña el vulgo.

ASIST. Consuelo  
encuentra en vos el que llora,  
y vuestros ruegos, señora,  
escucha benigno el cielo.

ANA. ¡El cielo! ¡le miro oscuro  
desque infame le ofendí!  
¡No encuentras, Lorenzo, en mí  
algo terrible é impuro?  
¿No ves que en mi torva frente,  
por el infierno marcado,  
el signo está del pecado  
cual en la tuya, Asistente?

ASIST. ¡No sé por qué, vuestro acento  
estremece al alma mia!

ANA. Mi voz es... ¡la voz sombría  
de tu horrible pensamiento!

ASIST. ¡Me aterrais!

ANA. Si: del horror  
siempre estoy en el camino,  
y me trajo aqui el destino  
porque impera aqui el dolor.

ASIST. ¡El dolor!

- ANA. ¡Y cuán prolija  
hallo aquí la desventura!
- ASIST. ¡Hablad!
- ANA. De horrenda amargura  
vengo á salvar á tu hija.
- ASIST. Señora, vuestro rigor  
no comprendo: padre soy,  
y buen esposo la doy.
- ANA. Pero no la das amor.
- ASIST. Sin amor debe casar  
una dama que es honrada,  
que harto, despues de casada,  
tiene tiempo para amar.
- ANA. Puede amar de tal manera,  
que crímen su amor dé en fruto.
- ASIST. Pagara á mi honor tributo  
en sangre, si tal hiciera.
- ANA. ¡Aun de sangre estás sediento?...
- ASIST. (Con terror.)  
¡Qué decis!
- ANA. En tu semblante  
vago, horrible, palpitante,  
se pinta el remordimiento.
- ASIST. Dicen... que por permision  
de Dios... por Dios inspirada  
descubre vuestra mirada  
misterios del corazon.
- ANA. Lo que el necio vulgo dice  
dejemos, Lorenzo, á un lado,  
que no es por Dios inspirado  
aquel á quien Dios maldice.  
Mi pálida frente mira,  
si el mirarla no te espanta,  
cuando ante tí me levanta  
del cielo la justa ira.  
¡Recuerda!... ¿no me conoces?  
¡vuelve el rostro á lo pasado!  
¿quién soy, al verme á tu lado  
no te dice el alma á voces?
- ASIST. No os conozco: nunca os ví  
ni comprendo lo que escúcho.
- ANA. Pues has olvidado mucho

olvidándote de mí.  
Yo... ¡no he podido olvidar!  
de la noche entre el espanto,  
cuando el alma á Dios levanto,  
postrada al pié del altar,  
entre la calma infinita  
oigo una voz espantable  
que dice, siempre incansable:  
¿para qué rezas, maldita?  
¿qué llanto habrá suficiente  
para lavar tu pecado?  
¡De tu padre desdichado  
tienes la sangre en la frente!

ASIST. ¡Ah!... ¡tú!...

ANA. ¡Por fin me conoces!

ASIST. ¡Por piedad!

ANA. Cuando aterrada,

oigo en la noche callada  
zumar esas tristes voces,  
en vano quiero rezar,  
ni que la fé me socorra,  
¡la santa imágen se borra!  
¡Desaparece el altar!  
Y... ¡escucha!... el tiempo... le siente  
mi espíritu: vá pasando  
pero... ¡hácia atrás! voy contando  
un año... diez... quince... veinte...  
veinticinco... ¡sí! ¡eso es!  
y... ¡oye Lorenz! esos años...  
por juicios de Dios extraños  
¡van caminando al revés! (Pausa.)

Era una tarde de abril:  
de un río por la ribera,  
bella, galana, hechicera,  
iba una niña gentil.  
Libre el alma de dolores,  
do quiera una flor veía,  
se inclinaba y la cogía,  
porque eran su amor las flores.  
Dueña, vieja y escudero  
la guardaban por decoro,  
que era la niña el tesoro

de un anciano caballero  
¡En mal hora fué á coger  
sus flores la tarde aquella  
que fué la hermosa doncella  
flores del alma á perder.  
¡Ana!

ASIST.

ANA.

En tanto que cogia  
sobre la ribera flores  
una turba de cantores  
hacia la niña venia.  
Estudiantes pordioseros  
de esos, que vagos y errantes  
entonan cantos amantes  
al compas de sus panderas.  
Gente de viejos avara,  
hombres audaces é impuros,  
que en sus ámbitos oscuros  
la universidad ampara.

ASIST.

ANA.

¡Oh! ¡cesa!  
Aun no terminé  
mi relato: un estudiante  
habló á la niña un instante,  
y la niña se turbó.  
De sus ya cogidas flores  
una pidió á la doncella,  
y al dársela, sintió ella  
dentro del alma dolores;  
y aunque pasó el hombre aquel  
y á su casa se volvió  
la niña, y se recogió,  
no pudo olvidarse de él.  
Y cuando le vió rondando  
envuelto en la sombra oscura  
de la calle, en su ternura  
la niña, cual él, velando  
del aura á los vagos giros,  
entregaron silenciosos  
él, conceptos amorosos,  
ella, encendidos suspiros;  
y tanto y tanto adoró  
la doncella al escolar,  
que por él llegó á olvidar

que noble y pura nació.  
Hoy, es pobre penitente  
la rica doncella amante,  
y el miserable estudiante  
es de Sevilla asistente.

ASIST. ¡Ana! ¿por qué recordar  
esas memorias de horror?

ANA. Son mi historia de dolor  
y la tienes que escuchar.

Recuerda la noche aquella  
que olvidar en vano quiero,  
manchaba de un caballero  
el hogar su torpe huella:  
mi profanado aposento,  
nuestro crimen ocultaba:  
pero mi padre velaba;  
sintió ruido, acudió atento,  
y le vimos con terror,  
ante nosotros, desnuda  
la espada, y terrible, muda  
la faz, ardiendo en furor.

¡Ah! ¡no le mateis! de miedo  
grité, á mi padre abrazando.

Huye, te dije temblando,  
que contenerle no puedo.

Y tú, ¡cobarde!... ¡ay de mí!  
mientras ansiosa luchaba,

mientras llorando rogaba,  
lucir un acero ví,

sangre manchó mi semblante,  
y herido, el pecho rasgado,

de mis brazos desplomado  
cayó mi padre espirante;

y los ojos turbios, fijos,  
gritó mirando á los dos:

—¡Malditos sean de Dios,  
con vosotros, vuestros hijos!!!—

ASIST. ¡Ah! (Dejándose caer aterrado en el sillón.)

ANA. La maldicion retumba

por donde quiera en mi oído,  
la escucho en el leve ruido

del viento que blando zumba,

y á la par de la oracion  
que alzo á Dios en mi quebranto,  
murmuro, bañada en llanto,  
la terrible maldicion,  
Tú, Lorenzo, mas dichoso,  
olvidaste.

ASIST. Yo he vivido  
muriendo: yo no he tenido  
ni contento ni reposo.  
Habla, pide.

ANA. Al fin te venzo,  
al fin tu soberbia loca  
á mis plantas se derroca.

FEL. ¡Don Lorenzo!... ¡Don Lorenzo!...

(Dentro, por la izquierda del fondo.)

ASIST. ¡Ah! ¿qué es esto? ¿qué rumor?...  
¡Aqui la Santa Hermandad!

## ESCENA XI.

DOÑA ANA, el ASISTENTE. Por la izquierda de la galeria DON  
FELIX. Por la derecha un ALCALDE de la Santa Hermandad  
con algunos cuadrilleros.

ASIST. Entrad, don Felix; entrad,  
Teniente alcalde mayor.  
¿Qué sucede? ¿por qué asi  
me buscais?

FEL. Gente villana  
ha puesto fuego á Triana.

ASIST. ¡Rayos del cielo! ¿esto á mí?  
¡Gobernando yo en Sevilla  
hay quien á tanto se atreve!  
Hablad, Alcalde, y sed breve.

ALC. Malhechores en cuadrilla  
por cuatro partes al par  
en el arrabal se entraron;  
casa por casa incendiaron  
la leñera y el pajar.

ASIST. ¿Y las rondas?

ALC. Maltratadas.

ASIST. ¿Y los vecinos?

ALC. Dormidos,  
fueron, señor, sorprendidos  
al ver sus casas entradas.

ASIST. Y... ¿quiénes son los audaces?

ALC. Gente dura y de valor.

ASIST. ¡Pero quiénes!

ALC. Van, señor,  
cubiertos con antifaces.

ASIST. Id, Alcalde, y diligente  
con vuestra Santa Hermandad,  
acudid, prended, matad.  
(Váse el Alcalde con los cuadrilleros.)

## ESCENA XII.

LOS MISMOS menos el ALCALDE y los cuadrilleros.

ASIST. ¡La ronda del Asistente! (Llamando.)  
¡mi vara! ¡mi espada! ¡oh,  
y en qué momento, Dios mio!  
(Aparecen alguaciles por la izquierda de la galeria,  
uno de los cuales lleva una linterna encendida.)  
Ni un solo barco del rio (Á los alguaciles.)  
parta sin mandarlo yo.

(Uno de los alguaciles sale por la derecha de la ga-  
leria.)

ANA. ¡Lorenzo!... (Aparte al Asistente.)

ASIST. Fiero deber, (Á Doña Ana.)

Ana, me aparta de aqui.

ANA. ¡Maria!...

ASIST. Descansa en mí:

la boda no se ha de hacer.

ANA. ¡Oh, gracias! ¿me oirás?

ASIST. Mañana

te veré; lo necesita

mi conciencia.

ANA. Vé á la ermita.

ASIST. ¿Qué ermita?

ANA. La de Santa Ana:

te espero.

ASIST. Iré, y porque pasa  
el tiempo, adios, que ya tarde.

(Dirigiéndose á la galeria, y tomando la vara y la espada, que le dá un alguacil.)

Pues voy fuera y no la guardo,  
don Felix, guardad mi casa.

(El Asistente, seguido de los alguaciles, sale por la derecha de la galeria. D. Felix por la izquierda.)

## ESCENA XIII.

DOÑA ANA.

¡Me dejan sola, se van!  
¡Libre aqui! ¡Gracias, señor!  
¡Tras largos años de horror  
te vé propicio mi afan!  
¿Esto es sueño? Si lo es  
quiero su encanto sentir:  
de aqui debiera salir,  
y aqui se clavan mis pies.  
Y es que aqui flota el ambiente  
que aspira la prenda mia;  
es que aqui de mi alegria  
brilla la luz en su frente.  
¡Tanto tiempo y tanto duelo  
sufridos... y logro hallarla!  
Pues tú me viste llorarla,  
divino Señor del cielo,  
no me nieguen tus enójos  
la ventura de un instante:  
dominaré mi semblante:  
no verá amor en mis ojos:  
dentro mi pecho el torrente  
de mis lágrimas caerá,  
y á su madre no verá  
en la humilde penitente.  
¡Ah! (Escuchando.) Si: ligero rumor  
de leves pasos escucho,  
es ella sin duda... luchó  
entre el placer y el temor.

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, DOÑA MARIA, por la puerta de la derecha.

MARIA. (Deteniéndose sorprendida al ver á Doña Ana.)  
¡Ah, la penitente!

ANA. Si,  
os esperaba, María.

MARIA. Ví que mi padre salia  
airado: me estremecí:  
cuadrilleros con él van  
como si fuera á prender.

ANA. ¿Y llegasteis á temer  
que fuese á prender á Juan?  
Un momento quise hablaros  
antes de partir, María.

MARIA. ¡Oh! yo tambien lo queria.

ANA. Necesito aconsejaros.  
¿Aun le amais?

MARIA. Á mi pesar.

ANA. ¿Sabeis quién es?

MARIA. Lo he sabido  
muy tarde.

ANA. ¿Y no habeis podido  
vuestros amores matar?

MARIA. Ellos me matan.

ANA. ¡Locura!

MARIA. Por desdicha, inevitable:  
ya nada, nada, me es dable  
mas que una triste clausura.

ANA. ¡Vos monja!

MARIA. Al Señor no engaño,  
precede á la profesion  
un año, y mi corazon  
se habrá roto antes de un año.

ANA. ¿Por qué pensar en morir?

MARIA. Porque me empieza á faltar  
aire para respirar,  
ventura para vivir.

ANA. ¡Ah!

MARIA. (Asiéndola las manos.)

- Yo me amparo de vos.  
ANA. Hareis al fin que me aflija.  
MARIA. ¿Habeis tenido una hija  
tan infeliz?
- ANA. ¡Santo Dios!  
¡callad, callad! (¡mi locura  
pudiera vencer!)
- MARIA. ¡Dios mio!  
¡teneis en las manos frio!  
¡estais pálida!
- ANA. Amargura  
me causa veros asi:  
recordais á mi dolor,  
una prenda de mi amor  
que, desdichada, perdí.
- MARIA. ¡Ah, murió!
- ANA. Si: contaria  
vuestra edad si aun existiera,  
y su faz, pura, hechicera  
como la vuestra seria.
- MARIA. ¿Es verdad que quien bien ama  
nunca olvida su dolor?
- ANA. Es verdad, pero el amor  
á los hijos, es la llama  
en las entrañas prendida  
en que les dimos el ser,  
que nunca deja de arder,  
y que apaga nuestra vida.  
Es un amor infinito  
que no consiente otro igual;  
amor puro, celestial,  
por Dios en el alma escrito.  
Es cuanto puede sentir  
de una madre el corazon,  
es la pasada ilusion  
y el ardiente porvenir.  
Toda pena halla consuelo  
despues del afan prolijo:  
la madre que pierde un hijo  
no halla paz sino en el cielo.
- MARIA. Asi es mi amor sobrehumano.
- ANA. ¿Asi amais? ¿asi, Maria?

- MARIA. Amo á Juan, como ámaria  
á mi madre ó á mi hermano.
- ANA. ¡Ah, no, que os arrastra ciega  
ese amor de perdicion!
- MARIA. No quiere mi corazón  
lo que mi deber le niega.
- ANA. ¿Cómo pudo á vos llegar?  
¿en dónde os halló, Maria?
- MARIA. En Algeciras un dia,  
en la ribera del mar.  
Sobré la mojada arena,  
tranquila y feliz, tomaba  
las conchas que me enviaba  
la dormida mar serena.  
La voz de un mancebo oí,  
que me dijo... ¡no sé qué!  
El rostro á mirarle alcé,  
y á Juan mirando me ví.  
El, á mi dueña halagando,  
amores me fué diciendo;  
yo, sus amores oyendo,  
empecé á vivir amando.  
Y luego su dulce queja,  
que el alma me enamoraba,  
escuché, de amor esclava  
con él velando en la reja.
- ANA. (¡Santo cielo! ¡como yo!)  
Y... ¿despues?... ¿podeis alzar  
la frente pura y mirar  
al padre que nombre os dió?
- MARIA. ¡Ah señora! (Con amargura como herida dolorosa -  
mente por la pregunta de doña Ana.)
- ANA. ¡Vuestros ojos  
resplandecen de pureza!...  
aumentan vuestra belleza  
ardientes matices rojos...  
¡Oh, perdonad! sois mujer,  
y la mujer... ¡oh Dios mio!  
alcanza á todo extravio  
cuando llega á enloquecer,  
¡y yo os amo! ¡perdonad!  
¡escuchadme... cual si fuera

- vuestra madre!
- MARIA. ¡Dios quisiera  
que lo fueseis!
- ANA. ¡Oh! ¡callad! (Agitada.)
- MARIA. ¡Sedlo... del alma!
- ANA. (Con agitación creciente.) ¡Quién? ¡yo  
vuestra madre! ¡santos cielos!  
¿y para qué? ¡tendré celos  
de la mujer que os crió!
- MARIA. ¡Ay! ¡nunca la madre mía  
mi cariño logró ver:  
«muerte la diste al nacer»  
me dijo mi padre un día.
- ANA. (Con acento de asombro, de dolor, de espanto.)  
¡Eso os dijo vuestro padre?  
(Haciendo un violento esfuerzo y dominándose.)  
Dejadme que lo repruebe.  
¡Nunca, nunca una hija debe  
saber que mató á su madre!
- MARIA. ¡Ah señora! ¿quién sois vos  
que así sufris por mi suerte?
- ANA. (Mirando con ansiedad á María y dispuesta á revelarse  
á ella.)  
¡Yo soy...  
(Dominándose despues de una ligera pausa.)  
¡Envuelto en la muerte  
mi nombre le sabe, Dios!
- MARIA. (Asombrada por lo que vé en Doña Ana.)  
¡Vuestro acento!... vuestros ojos!...
- ANA. ¿Qué veis en mis ojos?
- MARIA. Veo  
amor, inquietud, deseo...
- ANA. ¡Delirio! ¡vanos antojos!
- MARIA. ¡Señora!
- ANA. Teneis razon:  
lo que me pasa no sé...  
mi cabeza... sí, si á fé...  
la soledad... la oracion:  
y es ya tarde: allí, en la ermita  
abandonada, tal vez  
se ha quedado en lobreguez  
la santa imágen bendita,

y no sucedió hasta hoy.

¡Adios, Maria!

MARIA. ¡Esperad!

ANA. ¡No! ¡no puedo! ¡Adios quedad!

(¡Me vendo si no me voy!)

(Váse por el fondo derecha.)

## ESCENA XV.

MARIA.

¡Sale! ¡se vá! ¿qué provoca

ese terror que la espanta?

Dicen las gentes que es santa,

y á mí me parece loca.

Ó es que loca tambien yo  
cuerpo doy á mis recelos.

¿Por qué dijo: tendré celos  
de la *mujer* que os crió?

¡Por qué se aterró al saber  
que mi madre...

(Deteniéndose aterrada como herida por una idea súbita.)

¡Dios piadoso!

¡Para, pensamiento ansioso!

¡Delirio! ¡no puede ser!

¡No! ¡imposible! ¡de su tumba

quien murió, no se levanta!

¿Por qué su acento me espanta

y en mi corazon retumba?

## ESCENA XVI.

MARIA, JUAN que aparece por el centro del fondo, viniendo del  
jardin, y adelanta con lentitud, mientras Maria dice los versos

siguientes:

¡Dios mio! de mi razon

no rompas la fortaleza!

¡no me hieras la cabeza

cual me heriste el cor azon

Tengo miedo: me parece

que estoy sola, abandonada:  
la noche triste y callada  
con su quietud me estremece.  
Pero allí... sí... del altar  
al fondo de la capilla,  
la santa luz, dulce brilla...  
¡Oh! ¡necesito rezar!

(Se dirige lentamente á la puerta de la izquierda y desaparece por ella. Juan dá un paso hácia Maria, pero se detiene.)

## ESCENA XVII.

JUAN

No me ha visto: y bien, que rece:  
de su oracion mi recuerdo  
turbará la santa calma.  
Bravo, terrible el incendio  
no dejará al Asistente  
venir: aun me queda tiempo.  
Nunca tan hondo y tan triste  
me ha parecido el silencio  
de la noche: estoy tocando  
mi ventura y me estremezco.  
Nada suena: aun no habrán dado (Escuchando.)  
el golpe,...

## ESCENA XVIII.

JUAN, CARRANZA por la izquierda del fondo.

JUAN.

¡Ah, sí! ¿qué tenemos,  
buen Carranza?

CAR.

De la quinta  
somos absolutos dueños.

JUAN.

Nada escuché.

CAR.

Sorprendidos,  
aterrados se rindieron.

JUAN.

¿Y don Felix?

CAR.

Desarmado,  
tapada la boca y preso.

JUAN. Sacadle, tratadle bien y soltadle... allá muy lejos.

CAR. Descuidad.

JUAN. ¿Está cercada la quinta?

CAR. Si.

JUAN. Pues silencio: véte, mis órdenes cumple, y á mi voz aqui al momento.  
(Váse Carranza por la izquierda del fondo.)

## ESCENA XIX.

JUAN.

Dejar quiero al Asistente  
mi despedida. Aqui encuentro  
(Acercándose á la mesa.)  
cuanto al caso necesito,  
pluma, papel y tintero.  
Hoy sin duda aqui el contrato  
se firmó del casamiento:  
me convidaron y vine;  
tarde fué, mas con provecho.  
Escribamos, pero breve,  
que mas esperar no quiero.  
«Humilde os pedí mi dicha, (Escribiendo.)  
»y despreciásteis mi ruego;  
»os advertí, y me insultásteis;  
»cumpliendo cual soy, me vengo;  
»dar quisísteis vuestra hija  
»á un hombre, yo me la llevo,  
»y pues que la tengo mia,  
»contadme por hijo vuestro.»  
Fecha y firma, y concluyamos...  
que ya de acabar es tiempo.  
(Dejando la mesa y sobre ella la carta.)  
Seis años estuve ausente  
al rey de España sirviendo,  
dando á las rondas descanso  
y descanso á los copleros:  
eon una hazaña de monta

**señalo el día en que vuelvo:**  
**¡bachilleres sevillanos:**  
**hacedme un romance nuevo!**  
(Se dirige decididamente á la puerta de la izquierda;  
al llegar junto á ella se detiene un momento, se quita  
el sombrero y entra.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

---

## ACTO TERCERO.

---

Panteon gótico: al fondo una gran puerta que dá sobre un bosque: á la derecha del actor sobre tres gradas, un sepulcro: sobre él en actitud de orar, de rodillas, la estatua de un caballero ante un reclinatorio con un libro abierto: á la izquierda otra gran puerta: pendiente del centro de la bóveda una lámpara encendida.—Es de noche.—Por intervalos se oye el zumbido del viento y el ruido de la lluvia: de tiempo en tiempo relámpagos.

### ESCENA PRIMERA.

Un PASTOR con un farolillo encendido.

¡Qué noche, señor, qué noche!  
¡viento, aguacero, relámpagos!  
(Contemplando la estatua sepulcral.)  
Me parece que don César  
está mas serio y mas pálido.  
¡Antojos! Dicen consejas  
que algunas noches, vagando,  
los pastores por el bosque  
han visto un fantasma blanco:  
pero yo siempre le encuentro  
en su tumba arrodillado,  
sobre su libro de piedra  
con la mirada rezando:  
yo no sé por qué, esta noche

tengo algo así... como espanto,  
y me parece mas serio  
y mas triste el enterrado.  
Si el enojo es porque vine  
algo tarde, contentaos,  
don César; vendré mañana  
mas presto por no enojaros.  
Guárdeos Dios: dormid en paz.  
(Se dirige á la puerta de la izquierda, y al llegar  
junto á ella se detiene.)

Paréceme sentir vago,  
de personas que se acercan,  
confuso tropel de pasos.  
(Dentro.) ¡Alto! ¿quién vá?

VOZ.

OTRA VOZ.

Cuadrilleros.

PAST. Pues ya tengo para rato,  
de preguntas y respuestas,  
que hacen un proceso al canto  
los cuadrilleros á un roble.  
Se aproximan, hablan bajo;  
aquí se dirigen; llegan.

## ESCENA II.

El PASTOR, el TENIENTE ALCALDE mayor de la Santa Hermandad: D. FELIX, cuadrilleros con arcabuces, y dos de ellos con linternas: hombres armados con arcabuces.

ALC.

(Al Pastor.)

Cuárdeos Dios.

PAST.

Dios muchos años

á vuestras mercedes guarde.

ALC.

¿Qué haceis aquí?

PAST.

Vedlo claro:

vine á encender esa lámpara,  
encendíla yá, y me marchó.

ALC.

Esperad, que la justicia  
necesita interrogaros.

PAST.

Responderé la verdad.

ALC.

¿De quién teneis el encargo  
de cuidar de este edificio?

PAST.

De los padres franciscanos

de Cazalla, que por manda  
del difunto, cada un año  
le hacen muy nobles exequias,  
y rezan por su descanso  
una misa cada dia.

ALC. ¿Y quién era el enterrado?

PAST. Un caballero muy rico,  
que murió ya ha muchos años  
á mano airada: mas verlo  
podeis en el epitafio,  
á los pies del muerto, escrito.

ALC. Alumbrad, pues, y veamos.

(El Pastor alumbra al lado de la izquierda de la tumba, donde hay una inscripcion, y el Alcalde lee:)

«Yaciendo bajo esta losa  
»aquí los restos estan  
»de don César de Guzman,  
»muerto por mano alevosa.  
»Que el sumo Dios justiciero  
»que conoce á los sanguinos,  
»maldiga á los asesinos  
»de tan noble caballero.»

PAST. Y habeis de saber, señor,  
que aquí cuentan los ancianos  
una historia, que espeluzna  
de horrible.

ALC. Pues bien, sepamos:  
el cuento, venga, Pastor.

PAST. El tal cuento no es muy largo.  
Don César tuvo una hija,  
dicen que prudente y cauto  
á Cazalla, de Sevilla,  
para evitar se la trajo  
unos amores ruines:  
pero las hembras dan pasto  
al demonio; una mañana  
encontraron en el cuarto  
de su hija, al buen don César  
sobre su sangre espirando.  
La hija se perdió cual humo,  
á don César enterraron,  
y despues nadie ha sabido

lo que fué de los malvados:  
que segun el muerto dijo,  
(antes de morir) villano,  
mientras que la infame hija  
le retenia en sus brazos,  
el amante mal nacido  
desgarró su pecho hidalgo.  
Hay crímenes que estremecen.

FEL.

ALC.

Tiene Dios en sus arcanos  
para castigar vilezas  
decretos inesperados.  
Á propósito: un mal hombre  
vamos con ansia buscando:  
(Al Pastor.)

PAST.

ALC.

pareceis hombre de bien.  
De casta, señor, lo traigo.  
¿Sabeis si por este sitio  
con una dama ha pasado,  
hermosa, jóven y enferma,  
toda vestida de blanco,  
un hombre mozo, galan,  
de continente gallardo,  
pelo y barba y ojos negros,  
y con traje de soldado?  
Respondedme la verdad.

PAST.

ALC.

PAST.

ALC.

Pues no los ví si pasaron.  
¿Ved que si mentis?...

No miento.

Haced por el pronto á un lado,  
(Á los Cuadrilleros, que obedecen.)  
porque nadie entre ni salga  
las puertas guardad. (Á D. Felix.) Espacio  
tenemos, señor don Felix.  
El Asistente está largo  
aun de nosotros.

FEL.

La ira

ALC.

y la venganza, me han dado  
sus alas, señor Alcalde.  
Y á mí el hacer desagravio  
á la justicia ofendida.  
Como le encuentre, aunque el diablo  
le favorezca, le cuelgo

para escarmiento, de un árbol.

FEL. Y yo Alcalde, vive el cielo,  
donde le encuentre le mato.

ALC. Le salvó doña Maria,  
que la llevaba en sus brazos,  
y así pasar no pudimos  
por no herirla: su caballo,  
cual si de la doble carga  
no le abrumase el cansancio,  
volaba, se nos perdía  
á lo lejos fuerte y rápido.

FEL. ¿Cómo sucedió?

ALC. Esta tarde,  
al ponerse el sol, marchábamos  
al par por la carretera;  
yo tomé por un atajo,  
y el Asistente siguió  
la carretera á lo largo.  
Mis valientes cuadrilleros  
apresuraban el paso,  
corrian, los arcabuces  
al hombro y la mecha en mano.  
De improviso, un delantero  
se para; suena un disparo;  
las balas de los raptores,  
con los cuales encontramos,  
mensajeras de la muerte  
entre nosotros silbaron.  
Súbito, de entre el combate  
sale un ginete escapando  
hacia la sierra cercana:  
flotaba un vestido blanco,  
la ancha falda suelta al viento,  
al escapar del caballo.  
Era imposible seguirle:  
disparar era insensato,  
y al fin se perdió á los lejos  
con la infeliz el malvado.  
Los malhechores cayeron  
vencidos en nuestras manos,  
y en busca de Lorenzana  
por la sierra nos entramos.

Ha dos horas que la noche  
densa y oscura ha cerrado,  
y del monte por las sendas,  
sin detenernos vagando,  
sin encontrar un vestigio  
que nos indique su paso,  
aquí llegamos á tiempo  
que llegabais vos.

FEL.

En vano  
también el monte he corrido,  
y los celos, el amargo  
temor de una desventura,  
me están, Alcalde, matando.  
Tal vez á doña Maria  
arrastra su amor infausto,  
y amante y contenta sigue  
al infame.

ALC.

De un desmayo  
la infeliz apenas vuelve,  
cuando sufre otro mas largo.

FEL.

¿Cómo lo sabeis?

ALC.

Do quiera  
que por ellos preguntamos,  
nos dieron tristes noticias.

FEL.

¡Y no han podido al villano  
detener!

ALC.

Estan los pueblos  
sin defensa, desarmados.  
Pero el Asistente junta  
y arma gente, y van cruzando  
por todas partes cuadrillas  
de la sierra lo intrincado.

FEL.

Tarde tal vez.

ALC.

Dios lo quiera.

UNA VOZ. ¿Quién vá?

OTRA VOZ.

Cuadrilleros.

ALC.

Paso

á los que llegan.

### ESCENA III.

DICHOS, UN CUADRILLERO por la puerta del fondo.

CUAD. (Al Alcalde.) Señor:  
el Asistente esperando  
está en la entrada del monte.

A LC. Pues vamos, don Felix.

FEL. Vamos.

ALC. (Al Pastor.)  
Si por acaso viriere  
el malhechor que buscamos,  
sabed que por su cabeza,  
se dan quinientos ducados.  
Quedad con Dios, buen Pastor.

PAST. Él os vaya acompañando,  
mis señores.

(Todos, menos el Pastor, salen por la puerta del fondo.)

### ESCENA IV.

EL PASTOR.

Pues Dios vive  
que como sepa los pasos  
del monte el hombre que buscan  
no dan con él en diez años,  
que es madre Sierra-Morena  
de estos tales desalmados.  
¡Quinientos ducados dan  
á quien le entregue! ¡un rebaño  
puede comprarse con ellos!  
¿Pero quién le encuentra? Vámonos.  
Ya es hora de descansar.  
(Se dirige á la puerta de la izquierda.)  
¿Mas qué es esto? ¡de un caballo  
se escucha sobre las peñas  
la carrera! Desbocado  
debe de venir sin duda.  
¡Eh! ¡mirad que está el barranco

JUAN. á la derecha! ¡que vais  
sin remedio á despeñaros!  
¡Gracias á Dios! ¡ya paró!  
(Dentro.)  
¡Ah de la casa!

PAST. Acercaos  
sin temor, que es gente buena.  
A la luz de ese relámpago  
me ha parecido que son  
dos bultos; y el uno blanco.  
¿Si serán esos que llegan  
los que los otros buscaron?  
No fuera mala fortuna.  
Aqui estan.

### ESCENA V.

EL PASTOR, JUAN DE LORENZANA: tras él DOÑA MARIA, triste,  
pálida y abatida.

JUAN. ¡Hola, villano!  
¿quién vive aqui?

PAST. Nadie vive  
sino es yo: que murió el amo  
de esta casa há mucho tiempo.

JUAN. ¡Un panteon! de descanso  
nos servirá: ven, asienta,  
Maria, que de cansancio  
desfalleces.

MARIA. ¡Oh Dios mio!  
(Se sienta en el zócalo del sepulcro.)

JUAN. (Al Pastor.)  
Ahora bien: ¿es solitario  
este punto de la sierra?

PAST. Tenemos por un milagro  
el ver personas vivientes  
de siglo á siglo, escapando  
los pastores que aqui viven  
en los riscos embreñados.

JUAN. ¿Nadie por aqui ha venido?

PAST. Nadie, señor, hace un año.

JUAN. ¿Adónde van los senderos

del monte?

PAST.

Al monte cerrado

si se toman para arriba;  
y si se bajan, al llano  
de la villa de Cazalla.

JUAN.

¿Y la villa?...

PAST.

Está á tres cuartos

de legua, y camino duro  
por breñas y por barrancos.  
Mas mi choza está aqui junto,  
en el robledal cercano,  
que yo soy pastor de cabras.

JUAN.

Pues bien: partid, id volando,  
preparad como pudiereis  
un lecho donde descanso  
encuentre esta dama.

Fuera dejé, al llegar, mi caballo;  
á vuestra choza llevadle  
y volved, que ansioso os aguardo.

PAST.

No tardaré. (¡Oh suerte amiga!  
¡él es! ¡quinientos ducados!)  
(Sale por la izquierda.)

## ESCENA VI.

MARIA, JUAN.

JUAN.

¡Maria! en la situacion  
terrible en que nos hallamos  
entrambos necesitamos  
alentar el corazon:  
escucha, mi bien, sin ira.

MARIA.

¡Aun sigue el horrible sueño!  
¡aun sigue! ¡en vano me empeño  
en dominar su mentira!

JUAN.

Vence, por Dios, tu terror  
y escúchame.

MARIA.

Yo rezaba  
en mi casa... me encontraba  
á solas con mi dolor.  
Lloraba mi afan perdido,  
mi loco amor desdichado:

de repente oigo á mi lado  
de extraños pasos el ruido,  
me alzo aterrada... ¡y no sé  
lo que ha pasado por mí!  
Terrible, airado te ví  
un momento... si, si á fé:  
eras tú, tú el causador  
impio de mi amargura.

JUAN.

Mis celos, mi desventura  
me disculpen, y mi amor.

MARIA.

(Levantándose.)

¡Tu amor! No puedes tú amar.

JUAN.

Ciego estoy por tu belleza.

MARIA.

¡Oh! pero es tal tu fiereza  
que aun amando has de matar.

JUAN.

¡Qué dices!

MARIA.

Todo me espanta  
en el trance en que me veo,  
y es... que perdida me creo;  
es que ante mí se levanta,  
por donde quiera, la faz  
airada del padre mio;  
es que dudo, lucho, ansio;  
es que he perdido la paz;  
es que, aunque ileso mi honor,  
que no hay poder que le venza,  
ha quemado la vergüenza  
mi rostro, con fiero ardor;  
es que aqui, desesperada,  
con honra sin honra estoy;  
es que mas que ya lo soy  
no puedo ser desdichada.

JUAN.

¡Oh, calla, y al alma mia  
no arrebatas su consuelo!

¡No! ¡no me arrojes del cielo  
del amor de mi Maria!

Déjame siempre creer  
que ves en mí á un desdichado,  
por tu amor purificado  
de sus crímenes de ayer.

Quiero ver en tí un amor  
cual de una madre, infinito,

que ruegue por el maldito  
y que no le tenga horror.

MARIA. Pues bien, sálvate por mí,  
y sálvame al par: la suerte  
nos trajo á un lugar de muerte;  
separémonos aquí.  
Busca un lugar apartado  
en donde á salvo te veas,  
donde, penitente, seas  
por el Señor perdonado;  
y cuando libre y seguro  
estés, cuando á Dios aclames  
y en un recuerdo te inflames  
de amor infinito y puro,  
haz que yo sepa de tí,  
y para darme consuelo  
dime que ruegas al cielo  
y no te olvidas de mí.

JUAN. ¡Oh, de la desdicha mia  
conmuévate la amargura!

MARIA. Cuando la tiniebla oscura  
desvanezca el claro día,  
con ese honrado pastor  
que un asilo me ha de dar,  
otro asilo iré á buscar  
entre esposas del Señor.

JUAN. No, imposible: esfuerzo vano  
es separarme de tí.

MARIA. Pues bien; no saldré de aquí  
sino muerto por tu mano.

JUAN. ¿Por qué esta lucha terrible  
si tanto amamos los dos?

MARIA. Porque lucha contra Dios  
quien lucha con lo imposible.

JUAN. Jamás imposible hallé  
que mi valor no venciera.

MARIA. Tu condicion torna fiero  
á ser lo que siempre fué;  
tu rebelde voluntad  
por todo atropella impia:  
tu soberbia desafia  
al mundo, á la eternidad.

Pues mira cómo ha de ser,  
que tu soberbia iracunda  
no se deshaga y se hunda  
ante una débil mujer.

JUAN. ¡Débil! ¡Te ampara el amor  
que abrasa mi ser entero!  
Si te obedezco ¿qué espero?

MARIA. ¡La bendición del Señor!  
¡mi amor que, eterno, doliente,  
durará mas que mi vida!  
Por el martirio ceñida  
de espinas, alza la frente  
al cielo, y del corazón  
que el infortunio devora,  
pura, ardiente, salvadora,  
eleva á Dios tu oración.

JUAN. ¿Y si tú... si tú algún día  
á otro amases?...

MARIA. ¡Ay de mí!  
cuanto amor tuve te dí  
de amor ciega el alma mía!  
¡Ah! muy pronto te amaré  
allí do la muerte impera:  
sufre cual sufro y espera,  
ten fé cual yo tengo fé.

JUAN. ¡Yo estoy loco!...

MARIA. ¡Calla! ¡mira!

(Señalándole al Pastor, que ha entrado un momento  
antes por la izquierda.)

JUAN. ¡El Pastor!

## ESCENA VII.

DICHOS, **EL PASTOR.**

PAST. Todo está allí  
dispuesto: vamos de aquí:  
del viento arrecia la ira,  
y es como boca de lobo  
la noche, de oscura y fea.  
Con que á la cabaña, ¡ea!  
tengo un cabrito en adobo,

- buen vino, sabroso pan,  
en el hogar un buen fuego,  
y de pieles de borrego  
lechos que contento dan.
- MARIA. Vete, sálvate, valor,  
no dudes de mi firmeza,  
recobra tu fortaleza  
y vive... para mi amor.  
Pues llegó de la partida  
el plazo, no le alarguemos.
- JUAN. Es verdad: si, terminemos  
esta amarga despedida.
- MARIA. ¡Adios!
- JUAN. ¡Oye!
- MARIA. (Al Pastor, saliendo por la izquierda.)  
Guíad vos.
- PAST. ¿Y vos, os quedais?
- JUAN. Salid.
- PAST. Pero...
- JUAN. Á esa dama seguid.
- PAST. Mas ved...
- JUAN. ¡Idos, vive Dios!

## ESCENA VIII.

JUAN.

Permanece un momento inmóvil y abatido junto á la puerta de  
la izquierda.

¡Solo! ¡se aleja! ¡se vá!  
¡de su traje la blancura  
se pierde en la sombra oscura!  
¡Todo tinieblas es ya!  
¡De mi valor, qué se ha hecho?  
¡Qué de mi audacia infinita?  
Débil apenas se agita  
la helada sangre en mi pecho.  
¡Oh! ¡miserable valor  
que así se llega á perder,  
que así vence una mujer  
en un ensueño de amor!

¡Amor! ¿quién sabe? tirana  
mi esperanza ha destruido;  
tal vez mira en mí al temido,  
al terrible Lorenzana.  
Si me amara .. triunfaria  
de todo su amor... ¡me deja!  
¡El retiro me aconseja!  
¡A la soledad me envía!  
Y otro tal vez... ¡no! ¡jamás!  
Sus encantos me enloquecen  
y los celos me embravecen,  
y me alienta Satanás.  
Si un momento he sucumbido  
á sus súplicas, cobarde,  
nada importa, que aun no es tarde  
para cobrar lo perdido.  
Del fuego de mi pasión  
el tormento horrible pruebo,  
y si la pierdo, me llevo  
la muerte en el corazón.  
¡Ah, no! ¡mi amante ó mi hermana,  
partirá la vida mía!  
(Llegando á la puerta de la izquierda.)  
Entre la noche sombría,  
refleja la luz cercana  
de la choza del Pastor:  
allí mi esperanza está,  
María me seguirá  
con amor ó sin amor.  
Mi condición torna brava  
á ser lo que siempre fué:  
mi esclava de amor la haré  
si no es de mi amor esclava.  
(Volviéndose despues de una ligera pausa á la estátua  
mortaoria.)  
Y tú, muerto, que me viste  
temblar, al dolor rendido,  
olvida si lo has oído  
lo que entre sueños oíste:  
de un momento de pavor  
que en mí hallaste, no te asombres,  
que puede mas que los hombres

con los hombres el amor.  
Insensato pretendí  
dejar de ser lo que he sido,  
y pues no lo he conseguido  
á ser vuelto lo que fuí.  
(Váse por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA IX.

LEBREI. Entra, con la linterna encendida, por la puerta de la derecha.

¡Ah de casa!  
(Reconociendo el lugar donde se encuentra.)  
¡Un panteon!  
¡no importa! Dios guarde al techo  
que me libra del deshecho  
azote de este turbion.  
(Volviéndose á la puerta por donde ha entrado y hablando alto, como si se dirigiese á una persona que se supone fuera.)  
Tened cuidado al bajar:  
si no os rompeis la cabeza.  
(Para sí.)  
¡Qué noche! ¡y con qué fiereza  
se nos pone á diluviar!  
Corriendo la carabana  
desde ayer, estoy rendido:  
ya se siente que ha venido  
el maldito Lorenzana.  
(Mirando á través de la puerta.)  
¡Llegan! ¡oh! ¡gracias á Dios!

## ESCENA X.

LEBREI, DOÑA ANA, el TENIENTE ALCALDE MAYOR, por la izquierda, con una linterna encendida.

ALC. Ya que á cubierto nos vemos,  
de lo que queráis hablemos.

ANA. Amparo buscan en vos  
mis desventuras amargas.

ALC. Que aqui esteis me maravilla,  
que hay de este sitio á Sevilla  
doce leguas.

LEB. ¡Y cuán largas!

ANA. Al Asistente busqué,  
y ya de Sevilla ausente  
se encontraba: al Asistente  
quiero hablar, pues le encontré.  
Vengo llena de dolor  
á buscarle: sé que osado  
hija y honra le ha robado  
un terrible malhechor.

ALC. No temais, que perseguido...

ANA. ¡Ha muerto!

ALC. No; pero ya  
alguien sabe dónde está.  
Don Felix ha conseguido  
noticias por un pastor.  
—La persona que buskais  
—le ha dicho—á tenerla vais  
en mi cabaña, señor.

ANA. ¿Pero dónde? ¿dónde?

ALC. En vano  
á don Felix pregunté.

—Yo, Alcalde, le prenderé  
—me respondió—por mi mano.—

ANA. ¿Y hace mucho?...

ALC. Hace un instante  
que don Felix me habló así.

ANA. ¿Y el Asistente?

ALC. De aqui  
ha de estar poco distante.

ANA. El cansancio, la ansiedad,  
me abaten: en vano quiero  
ir donde esté; mas espero  
que ireis vos.

ALC. Mi voluntad  
á complaceros se allana.

ANA. Id: decid al Asistente  
que está aqui la penitente  
de la ermita de Santa Ana.  
Mi esperanza pongo en vos:

id: que le pueda yo hablar  
al punto.

ALC. No ha de tardar.  
Voy á avisarle.

ANA. ¡Id con Dios!  
Vos, Lebrel, esperad fuera.

(El Alcalde y detrás Lebrel se van por la izquierda.)

## ESCENA XI.

DOÑA ANA.

¡Qué horrible lugar! ¡la muerte  
silenciosa, helada, inerte,  
aquí por do quier espera!  
Todo es lúgubre en redor:  
alza allí su mármol frío  
un sepulcro, y es sombrío  
de esa lámpara el fulgor.

¡Esa estatua!... ¡En mí sus ojos  
con ansia fijarse veo!

¡En el blanco mármol creo  
encontrar matices rojos!

Mi turbado pensamiento  
se lo fingé... si... si tal...

Esa estatua sepulcral,  
del orgullo monumento,  
ni siente ni mira en mí  
á la infame parricida,

que de horror estremecida  
busca á sus hijos aquí.

¡Aquí!... ¡en un sepulcro!... ¡Ah!... ¡no!...

¡Mis hijos! ¡Oh Dios clemente!...

¡Por qué ha de herirles la frente  
el rayo si existo yo!

¡Y aun tus ojos torva inclinas,  
fiera estatua, sobre mí,  
y me arrastras hácia tí,  
y terrible me fascinas! ..

¡Tu nombre quiero saber  
si en el mármol le han escrito,  
porque al mirarte me irrito,

gozando en mi padecer!  
¡Y si le han escrito!... ¡si!...  
¡Aqui los restos estan!...  
¡de don César... de Guzmán!!!...  
¡Oh, padre! ¡piedad de mí!...  
(Cae de rodillas al pie de la tumba)

## ESCENA XII.

DICHA, el ASISTENTE, el ALCALDE.

ASIST. ¿En dónde está?  
ALC. Vedla.  
ASIST. ¡Orando!  
Alcalde, quedarme quiero  
solo con ella.  
ALC. ¿Os espero?  
ASIST. Si, esperad: id acercando  
toda la gente.  
ALC. Lo haré.  
ASIST. Hasta luego.  
ALC. Adios quedatl.  
(Váse por la izquierda.)

## ESCENA XIII.

DOÑA ANA, el ASISTENTE.

ASIST. Tengo en el alma ansiedad,  
me vá faltando la fé  
en mi valor. ¡Ana, escucha!  
ANA. (Volviendo en sí de su abstraccion y levantándose  
violentamente.)  
¡Ah! Lorenzo!...  
ASIST. Te adivino:  
como yo con mi destino  
vives con el tuyo en lucha.  
¿Qué me quieres?  
ANA. Del dolor  
la dura senda prosigo;  
y vengo á partir contigo  
mi desventura y mi horror.

ASIST. La afrenta que en nuestra hija recibimos, de tal suerte

he de vengar, que la muerte del traidor, lenta, prolija, á las gentes dará espanto.

ANA. ¡Ah, no! ¡No busco venganza, que nuestro poder no alcanza, por nuestra desdicha, á tanto!

ASIST. Está cercado el infame, y no logrará escapar.

ANA. ¡Ay de tí si das lugar á que sangre se derrame! ¡que al verter la sangre suya, sin saberlo, enfurecido, si no te encuentro has podido verter, Lorenzo, la tuya!

ASIST. ¡Habla! ¡di! ¡No te comprendo!

ANA. ¡Bien mi padre nos maldijo!

ASIST. ¡Acaba, acaba!

ANA. ¡Es mi hijo ese que vas persiguiendo!

ASIST. ¡Qué dices!

ANA. Discursos vanos que tiempo robar evitan: como tu raza es maldita, se han amado y son hermanos.

ASIST. ¡Ana! ¡qué horror!

ANA. Si, te ensañas con él, y vida le diste!

Cuando sola quedé ¡ay triste! ya alentaba en mis entrañas!

ASIST. ¡Oh, Dios! ¡si no fuera tarde! ¡si se pudiera evitar!

ANA. Tiempo no dejes pasar cediendo al terror, cobarde.

¡Llama! ¡impide! ¡de un momento de tardanza está pendiente el que en nosotros aumente su furia el remordimiento!

ASIST. Si, si, es cierto. ¡Alcalde! ¡á mí!

(Yendo á la puerta de la izquierda.)

ALC. (Apareciendo en ella.)

- ASIST.** ¿Qué mandais?  
¡Pronto! juntad  
la gente, y con ella entrad  
sin que falte un hombre aqui.  
(Desaparece el Alcalde.)  
Dios no querrá que á un delito  
otro delito se aumente.
- ANA.** Nuestro pecado en la frente  
lleva el infeliz escrito.  
Predestinado nació:  
ha sido el crimen su herencia,  
y deudas de tu conciencia  
y de la mia pagó.  
Y en vano su ansioso anhelo  
queremos que el mal se evite:  
Dios la maldición repite  
de los padres, en el cielo.
- ASIST.** Pero aun queda una esperanza...  
tal vez impedirse pueda...
- ANA.** Si... si... ¡es verdad! aun me queda  
el placer de la venganza!
- ASIST.** ¡La venganza!

## ESCENA XVII.

DICHOS, el teniente ALCALDE mayor: cuadrilleros y alguaciles;  
algunos de estos con linternas.

- ALC.** (Dentro, pero ya junto á la puerta de la izquierda.)  
¡Por aqui!  
¡entrad!
- ANA.** (Al Asistente.) ¡Oh placer! ¡tu gente!
- ALC.** (Entrando.)  
Por orden del Asistente,  
entrad todos.  
(Entra el acompañamiento indicado, y se extiende  
por el fondo de la escena.)
- ASIST.** (Al Alcalde.) ¿Todos?
- ALC.** Si,  
mas la gente de Cazalla,  
con don Felix, no he podido  
por mas que lo he pretendido,  
descubrir dónde se halla.

ANA. ¡Ah! ¡don Felix! ¡suerte impia!

ALC. Del malhechor al alcance  
vá, señor, á todo trance,  
ayudándose de un guia.

ASIST. ¡Id! ¡decidle!...

ALC. Del malvado

vá á castigar la vileza:  
su sentenciada cabeza  
vos mismo habeis pregonado.

ASIST. ¡Alcalde! ¿quién manda aqui?

ALC. ¡La ley!

ASIST. Pues la ley soy yo,  
que el rey la ley me entregó,  
y la ley existe en mí.

ALC. Amparando á ese hombre, insulto  
haceis, señor, á la ley.

ASIST. Aqui represento al rey,  
y en nombre del rey le indulto.

ALC. ¡Ah! pues entonces á fé  
sobramos mi gente y yo.

ASIST. Id, Alcalde... pero no,  
yo mismo, yo mismo iré.  
¡Mi ronda conmigo!

(Se dirige á la puerta de la izquierda; un grupo de alguaciles adelanta para seguir al Asistente: al llega este á la puerta se detiene.)

¡Ah!

ANA. ¿Qué te asombra?

ASIST. Un débil grito,  
desesperado, infinito,  
de una mujer: resuena ya  
mas doliente, mas cercano.  
¡Escucha!

ANA. (Escuchando con ansiedad.)

¡Es ella! ¡Es Maria!

MARIA. (Dentro y lejos.)  
¡Padre!

ANA. ¡La desdicha mia  
esperó, y esperó en vano!

MARIA. (Dentro y mas cerca.)  
¡Padre!

ASIST. Me hiela el terror.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARIA, que entra precipitadamente y se detiene al entrar en escena.

MARIA. ¿En dónde estoy? ¡cuánta gente!  
¿Habeis visto al Asistente?

ANA. ¡Maria!

MARIA. (Á Doña Ana.)

• ¿Quién sois? Amor  
encuentro en vuestra mirada.  
Yo os he visto... ¿dónde? ¿cuándo?  
Mi memoria está luchando  
y no me acuerdo de nada.

ANA. ¡Hija de mi desventura!

MARIA. No tengo madre: murió:  
al darme vida encontró  
la triste su sepultura.

ASIST. ¡Oh, señor, cuánto es cruel  
de tus enojos la ira!

MARIA. Mi ilusion fué una mentira,  
que se ha deshecho entre hiel.  
¡Llorais!... (Al Asistente.)

ASIST. Nacida en mal hora,  
¿por qué fuí tu padre yo?

MARIA. ¡No eres tú mi padre, no;  
que mi padre nunca llora!  
¡mi padre me mataria,  
porque es implacable y fiero,  
y... ¡como vivir no quiero!  
¡mi despecho hablarle ansia!

ASIST. ¡Ay de mí!

MARIA. De mi dolor  
quiero que guardéis memoria,  
es muy triste... es una historia  
de desventura, de amor.  
¡No la quereis escuchar!  
¡oh!... ¡qué decis!... ¡tengo miedo!...  
¡me señalais con el dedo!...  
¡me escarneceis al pasar!  
¡Vedla!... ¡vedla!... ¡es la liviana!

¡ah! ¡no! ¡mentira! ¡impostura!  
¡está mi frente mas pura  
que el albor de la mañana!  
¡Callad! ¡en la tumba, inerte,  
descansa ya el desdichado!  
¡mi amor está consagrado  
por el martirio y la muerte!

ASIST.

¡Ah!

ANA.

¡Qué dices!

MARIA.

¡Gente suena! ..

¡con ella viene la saña  
de mi padre!... ¡la cabaña  
de armada gente se llena!  
Y él... ¡oidle!... «pues la suerte  
asi me llegó á faltar,  
ninguno me ha de matar  
pudiendo yo darme muerte!»  
Ved... ¡la daga en su despecho  
del cinto se arranca airado,  
y la esconde el desdichado  
hasta la cruz... en su pecho!

ANA.

ASIST.

MARIA.

¡Ay!!

¡Sangre!... ¡sangre!... ¡qué horror!  
¡Nadie... nadie... le socorre!...  
¡Ay!... ¡esa... sangre... que corre...  
es... la sangre... de mi amor!...

(Cae: Doña Ana, la contempla un momento desesperada, y se vuelve terrible á la estatua mortuoria.)

ANA.

¡Padre!! ¡padre!! ¡Tú que airado  
á mis hijos maldijiste:  
pues malditos los quisiste,  
duerme en paz: ya estás vengado!!!

ASIST.

(Con terror.)

¡Tu padre!!

ANA.

¡Si!! ¡ante los dos  
aqui los restos estan  
de don César de Guzman!

ASIST.

(Cayendo de rodillas.)

¡Misericordia de Dios!!!

FIN DEL DRAMA.

:

Habiendo examinado este drama, no hallo in-  
conveniente en que su representacion sea auto-  
rizada.

Madrid 9 de julio de 1860.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

